

Ricardo Vicente López

*Los orígenes
del
capitalismo moderno*

*La conformación del espíritu burgués
De la comuna aldeana*

Parte I

Palabras introductorias

La intención de estas páginas es acompañar al alumno en la aventura de revisar un tiempo histórico, del que nos separan diez siglos, para descubrir en esa etapa los mecanismos sociales, las actitudes personales, el espíritu de la época que dieron lugar a este momento que nos toca hoy vivir. La comprensión de cómo una etapa histórica fue suplantada por otra, de cómo apareció paulatinamente, con el correr del tiempo y la decisión de algunos hombres y sectores sociales, un mundo distinto al que habían habitado sus padres, nos coloca en una apertura de conciencia y una condición espiritual que nos habilita para pensar el futuro. Este final de siglo está preñado de expresiones fatalistas que nos empujan a creer que nada puede ser ya distinto de lo que tenemos, que el pasado transcurrió para que este presente fuera posible como definitivo, que la historia no es más que una antesala de este escenario presente. Por ello, todo intento de pensar escenarios futuros totalmente diferentes, más humanos, por lo tanto más fraternos, más solidarios, es sólo una nostalgia de viejos que se quedaron en los “utópicos” años de los sesenta y setenta. Hoy campea un pragmatismo que nos para ante la “única realidad posible” con los “pies bien aferrados a la tierra”, y este espíritu de época nos convierte en hombres y mujeres “realistas” que aceptan “maduramente” la sociedad que nos ha tocado en suerte. Es decir personas dóciles y sometidas.

Volver los ojos al pasado, y sobre toda hacia un pasado que está totalmente presente, porque en ese pasado se comenzó a configurar el mundo en que estamos viviendo, el del *occidente moderno capitalista*, con su *modelo burgués de vida*, es parte de un ejercicio intelectual que nos abre la cabeza, nos oxigena el pensamiento, nos aligera de la dura carga de prejuicios. Éstos mañatan nuestras ideas y nos abisman en lo que de misterioso tiene todo futuro: el hecho de todavía no ser y, al mismo tiempo, ya estar siendo. Me explico. El futuro como tal es un tiempo adveniente de historias todavía no acontecidas pero que, en ese mismo sentido, lo que todavía no sucedió está cargado de las potencialidades de lo que ya está sucediendo. Por esa misma razón, entonces, lo futuro está presente hoy, así como en la semilla está ya la planta que será tal en un futuro. Con la particularidad de que la planta es prisionera de la genética que le otorga un pequeño margen de “libertad” para los modos de su “poder ser”. El hombre, que dispone de una cuota infinitamente mayor de libertad, puede con esa carga de posibilidades “soñar” futuros distintos, toda una gama de posibilidades que, si bien no puede convertirlas en “absolutamente” nuevas, puede sí crear a partir de su genio mundos diferentes, posibles, que no están totalmente condicionados a ser lo que *este presente* pretende que sean.

La historia está llena de acontecimientos que podían haber sido de otro modo, el estudio de los factores concurrentes en esos períodos nos demuestran que, una combinación diferente de los mismos elementos que se encontraban presentes, hubieran podido abrir cursos de acción históricos que nos hubieran colocado en caminos muy distantes del actual. Y que, muchas veces, esa combinación, la que se dio, se armó así por factores azarosos, por el capricho de algunos hombres, por la inconsciencia de otros o por incidencias no previstas, hasta de carácter meteorológico, como la derrota de Napoleón en Waterloo. También se podría pensar que una tormenta imprevista que hubiera hecho naufragar a los endebles navíos de Colón habría definido una historia diferente. Si Colón hubiera tenido noticias de los cálculos que el astrónomo griego Eratóstenes había hecho (siglo III a. d. C), sobre el tamaño de la circunferencia terrestre mucho más aproximado a la realidad, podría no haberse atrevido a largarse a esa aventura. Aventura que fue posible porque Colón suponía que la tierra era un tercio de su tamaño real. En fin, son sólo algunos ejemplos de la cantidad de factores que han condicionado la existencia del mundo en el que estamos. Es

solo un ejercicio de la imaginación política que nos coloca ante la posibilidad de pensar futuros posibles que, en gran parte, dependen de nuestra voluntad y de nuestra claridad de ideas.

Me propongo en este trabajo aventurar la hipótesis de que el capitalismo, que hoy condiciona todo nuestro modo de vida, sobre todo en su etapa globalizadora, pudo ser de otro modo. Que entre los siglos X y XV en Europa occidental estuvo en marcha una *experiencia distinta de capitalismo*, con un rostro más humano, más fraternal, con instituciones que avalaban y controlaban las prácticas industriales y comerciales sometidas a una ética comunitaria. Por qué ese capitalismo naufragó para dar paso al que hoy conocemos, individualista, competitivo, depredador, explotador, que coloca el lucro como único motor de la actividad económica, es parte de lo que me propongo investigar. Revisar esos seis siglos de historia europea creo que nos permitirá avizorar formas y conductas sociales, plasmadas institucionalmente que prefiguraban un mundo diferente del que finalmente se consolidó. Pero que haya sucedido de este modo, por lo que ya quedó dicho, no implica necesariamente que no haya podido ser de otro. Es más aún. Que haya sucedido de este modo y no de otro no impide repensar una particular formación social, la *comuna aldeana*, que ofrecía para su tiempo soluciones a problemas sociales que todavía hoy tenemos, cuya problemática se nos presenta como imposible de ser resuelta. Dicho de otro modo, muchos de los que hoy se nos presentan como sueños irrealizables, que podrían ser la solución de nuestros problemas, eran conductas cotidianas hace más de cinco siglos.

Creo que avanzar por el camino propuesto hoy nos desplaza de la verdadera y necesaria discusión, ya agotada, entre el capitalismo liberal y el socialismo soviético, como las únicas dos posibilidades de estructurar el orden socio-económico futuro. Esta polémica, reavivada a partir de la implosión del régimen soviético por los intereses políticos de los representantes de ese supuesto *capitalismo triunfante*, no debe ser el eje en que nos embretemos para pensar la superación de un sistema que hoy muestra, sin pudor alguno, su peor rostro. Todas las discusiones planteadas en estos términos han mostrado su esterilidad, no ingenua, porque empuja hacia un *escepticismo* que hoy se ha coronado como el tono de gran parte de la reflexión intelectual sobre el tema. La posición que pretendo proponer es analizar cuidadosamente ese período, a partir de la lectura de aquellos investigadores prestigiosos, con ganados méritos académicos, que han estudiado el problema. Revisar los datos que podamos disponer, confrontar las ideas de ellos con las que voy a proponer, y arribar a algunas conclusiones que abran el tema hacia una discusión más amplia y más rica.

Para ello vamos a internarnos por todos los caminos que nos sean posibles y remitir al estudiante, mediante la bibliografía que se ofrece al final, a que intente su propio camino de reflexión. Para ir dando pasos hacia otro mundo posible. Quiero anticipar que utilizaré en un sentido muy amplio el concepto "capitalismo". En su momento abordaremos las dificultades que su definición ha presentado y los puntos de vista de diversos autores. Para este trabajo parto de la idea de que hubo un primer *capitalismo urbano* de tono más ético, entre los siglos X y XV, y un *segundo capitalismo* con vocación expansionista que aparece, aproximadamente a comienzos del siglo XVI y que llega hasta avanzado el siglo XX. Y, finalmente, el de las últimas dos décadas. Respecto de la primera experiencia capitalista (la de los siglos X al XV) vamos a intentar reflexionar sobre las posibles enseñanzas que esa etapa nos deja, con la pretensión de aportar a la reconstrucción de la comunidad humana sobre las bases institucionales de las formas municipales. Al respecto, vamos a recoger los datos de esta última etapa de la descentralización que los gobiernos nacionales han emprendido en diversos países de América Latina.

Lo que aquí quede dicho no obliga a pensar en los mismo términos ni a aceptar las conclusiones a que se arrije. Estas páginas deben ser aceptadas como una provocación al pensamiento, una invitación a la osadía de imaginar futuros diferentes y un ofrecimiento a la polémica, tan necesaria y evitada en estos

tiempos. Para ello aparecerán algunas insinuaciones sobre filosofía de la historia, de modo de poder detectar cuánto de nuestras imposibilidades históricas residen más en las limitaciones que ponemos, consciente o inconscientemente. Para abrirnos a nuestras ideas creadoras, en el ámbito de las nuevas formas institucionales posibles que nos abren la puerta de un futuro más humano.

Primera parte

1.- La Revolución Burguesa

Para poder introducir correctamente el proceso que vamos a analizar corresponde que hagamos una breve referencia al momento histórico en que se produce. Para ello es necesario remitirnos a una época entre los siglos IX y X, como inicio, y el siglo XV como coronación de esta primera etapa que va a ser la protagonista de un acontecimiento de primera magnitud: el *Descubrimiento de América* por parte de los españoles. Este hecho dará comienzo a una segunda etapa, con el predominio del poderío español hasta el siglo XVII en que cederá el control del sistema mundial primero a Holanda y luego a Inglaterra y Francia. Todo esta revolución se dio en un territorio que se podría delimitar por el río Rhin en el extremo oriental, el Báltico en el norte, el océano Atlántico como margen occidental, y el Mediterráneo por el sur, en el que se van a ir produciendo una serie de acontecimientos que culminarán con la estructuración del *Occidente Moderno*, clima cultural¹ en el sentido más amplio del término, dentro del cual hará su presentación la sociedad capitalista. Por ello Max Weber (1864-1920) se pregunta: "*¿qué serie de circunstancias han determinado que sólo en Occidente hayan nacido ciertos fenómenos culturales que, al menos tal como solemos representárnoslos, parecen marcar una dirección evolutiva de universal alcance y validez?*" Sobre el particular volveré más adelante. Adviértase lo de "solo en Occidente" que nos está señalando una particularidad, una excepción histórica, que originó el camino de este mundo: el *capitalismo moderno*.

Dentro de este proceso no puede dejar de mencionarse la importancia que adquirieron *Las Cruzadas* a *Tierra Santa* (desde 1096-1100 la primera hasta 1270 la octava): el campesino que fue arrancado de sus tierras para ir a combatir a los infieles volvió transformado, después de la enorme experiencia personal que vivió. Ya no estaba tan dispuesto a aceptar como inamovible el orden social establecido. El bosquejo de descripción territorial, que quedó presentado renglones más arriba, no debe entenderse en un sentido muy riguroso, sino como una línea borrosa que no siempre recorta correctamente ese territorio, escenario de los hechos que vamos a abordar. Tampoco debe pensarse que el territorio señalado es en su totalidad un escenario homogéneo, más bien debe entenderse como una zona dentro de la cual se van a desatar ciertos procesos a los que se hará referencia, como manchones que se irán extendiendo en forma irregular y hasta un tanto caprichosamente, teniendo a la ciudad como foco de las nuevas ideas.

2.- La historia social que construyó sus bases

El origen de este proceso puede ser colocado en un territorio desperdigado, atomizado, inconexo, como fruto del derrumbe del Imperio Romano de occidente, y en las zonas de influencias que la expansión de las *Cruzadas* generó. Pero, con mayor precisión, en el área noroccidental de los territorios de aquel Imperio que puede ser encerrada como lo hice anteriormente. Dentro de ese territorio, por diversas razones, comenzó a producirse una serie de hechos que, a lo largo de varios siglos, dio lugar a lo que hoy hay

¹ Este tema está tratado especialmente en otro trabajo mío *El marco cultural del pensamiento político moderno*, publicación interna de la cátedra de Sociología UNS.

coincidencia entre los autores en denominar la *Revolución Burguesa*. Probablemente pueda señalarse, con cierta exactitud, que dos áreas funcionarían como los motores de todo ese proceso: el norte de Italia y la zona ligada al mar Báltico (norte de Francia, Países Bajos, y norte de Alemania, aproximadamente). Para José Luis Romero (1909-1977) esa etapa puede ser ubicada en “el período comprendido entre el siglo XI y principios del XIV como el lapso durante el cual se constituyó un nuevo sistema de relaciones económicas y socio-culturales, ordenado alrededor de las formas de vida urbana”, con mayor precisión. Este nuevo ordenamiento socio-político fue carcomiendo la pétrea estructura socio-feudal, apoyada en las relaciones que se establecían entre los “señores” y sus siervos ligados a la producción rural. Posibilitando de este modo una “revolución” de la sociedad *cristiano-feudal*, que por lenta no fue menos *subversiva*. En una clara síntesis de lo acontecido Romero afirma que al fin de ese proceso, alrededor del siglo XVI, no pueden quedar dudas de que el orden feudal ya ha sido destronado. Lo describe así:

Al estallar las luchas religiosas del siglo XVI nadie pudo ocultarse la magnitud del reclamo propuesto por la actitud de las nuevas clases en ascenso. Europa se dividió entonces. Quienes adoptaron las formas reformadas de moralidad y religiosidad desnudaron los contenidos últimos de la mentalidad burguesa y asumieron desembozadamente la misión de imponer su vigencia; quienes, en cambio, prefirieron la ortodoxia romana y promovieron la Contrarreforma intentaron rechazar esos contenidos en holocausto a los tradicionales principios cristiano-feudales, pero cedieron poco a poco ante aquéllos por la fuerza de la realidad y se contentaron con enmascararlos y encubrirlos, en una desesperada defensa de la irrealidad de la que Don Quijote es claro testimonio.²

Debe señalarse que toda esta serie de acontecimientos va a ir acompañada de otros que operarán como golpe de gracia al desmoronamiento del orden antiguo. Me refiero al descubrimiento de las *Nuevas Tierras*, ante cuya presencia se trastocarían todas las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales, no permitiendo que nada quede como estaba, aportando un elemento definitivo al proceso de la *Revolución Burguesa* que estamos analizando. Estas tierras fueron una segunda periferia, que se agregaba a las ya marginales heredadas del *Imperio Romano*. Se formaba de este modo una segunda línea de referencia que iría trastocando el pensamiento imperante. El proceso de cambio del orden *cristiano-feudal* por el *burgués* se fue operando tan lentamente que no sería perceptible sino a la distancia que marcan los siglos que nos separan de aquel tiempo. Para los hombres y mujeres de la época eran inapreciables las modificaciones que se iban imponiendo, apenas podían percibirse como ciertos cambios de algunas costumbres y usos de entonces, llevadas adelante por marginales de la sociedad. Tal vez como cambios periféricos que en nada alteraban el núcleo de un orden sólidamente establecido.

Este cambio se va a ir viendo reflejado en una nueva mentalidad, un nuevo modo de pensar, una manera distinta de estructurar el pensamiento de la época, que más tarde se le daría el nombre de *Renacimiento*, fundamentalmente para el norte de Italia. Puede ser afirmado desde ya que esa serie de transformaciones, a las que se las colocó bajo esa denominación, no fueron sino el modo como la *revolución burguesa* se reflejaba en el plano de la cultura. José Luis Romero describe, lo que cree es el núcleo de las respuestas que buscaba para explicar esta etapa tan rica y decisiva para el *Occidente Moderno*, en las siguientes líneas:

Creía poder afirmar -y ahora estoy seguro- que lo que se ha llamado el espíritu moderno tal como parecía constituirse en el llamado Renacimiento, no es sino mentalidad burguesa, conformada a partir del momento en que la burguesía aparece como difuso grupo social, elaborada a partir de ciertas actitudes radicales, y desarrollada de manera continua aunque con ritmo diverso desde entonces... El Renacimiento, el siglo de los grandes sistemas filosóficos, la época de la Ilustración,

² Romero, José Luis, *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Editorial Sudamericana, 1967, pág. 455.

la de la revolución industrial o de la revolución francesa han deslumbrado a quienes examinaban los productos de la creación estética, filosófica, política o científica, impidiéndoles ver la continuidad de un proceso que cada cierto tiempo lograba expresar acabadamente lo que se venía elaborando con duro esfuerzo durante siglos. Sólo remontando el curso de la formación de la mentalidad burguesa puede comprenderse la íntima coherencia que anima la vida histórica durante los últimos diez siglos.³

Me parece de una importancia capital el contenido de las palabras de este académico de muy larga trayectoria. Deben ser releídas atentamente. Encierran una clara postura acerca de cómo debe ser entendida una época; de cómo ésta comienza a dar lugar a una nueva; de cómo en el seno de un proceso histórico se van acumulando fuerzas, ocultas para los ojos de sus contemporáneos, pero que preparan el terreno que da origen a hechos no explicables por sus causas inmediatas anteriores. En definitiva, de cómo operan los procesos históricos en la preparación de los grandes cambios que, en la mayor parte de los casos, no pudieron ser previstos por la gente de la época. Poder entender con detenimiento el entramado subyacente de los hechos sociales nos coloca en inmejorables condiciones, para intentar comprender hoy el fin de la etapa que estamos mostrando. Y cómo, en este próximo comienzo de siglo, están ya preanunciados los cambios que tendrán lugar como inicio de una nueva sociedad. Poder ver con claridad los cambios lentos pero indetenibles de los siglos que van del X al XV, aproximadamente, nos prepara para detectar los que se están produciendo en la actualidad, en las vísperas de un nuevo ordenamiento socio-histórico que puede ser analizado en paralelo con la etapa que estamos revisando.

Volvamos a nuestro camino. El orden *cristiano-feudal* dentro del territorio romano-germánico⁴ comenzaba a mostrar síntomas de esclerosis, hacía sentir la rigidez de sus estructuras y la pesadez de su desenvolvimiento y, muy importante, la incapacidad de su sistema económico para proveer alimentos a su población. De allí que algunos marginales al sistema, o algunos que *se marginalizaban* por la necesidad de buscar otras condiciones, para probar fortuna, dada la pobreza en la que se encontraban, comenzaron a intentar nuevos caminos “*a sabiendas de los riesgos... buscaban en medio de la crisis de desarrollo... un camino para escapar de los límites tradicionales y alcanzar, de cualquier manera y en cualquier parte, una posición abierta hacia el ascenso económico y social...*” afirma Romero. Esta decisión, que importaba emprender un cambio preñado de riesgos de toda naturaleza, mostraba ya en esos aventureros una mentalidad que no correspondía al orden establecido. Dejar atrás la cómoda, aunque pobre, situación en la que se encontraban exigía una mentalidad rupturista que se enfrentaba a las reglas establecidas.

Lanzarse a comerciar en medio de la inseguridad de los caminos, sometidos al bandidaje, pensar en términos de *precio de compra* y *precio de venta*, de *cambios de la demanda*, de *procesos de mercado*, era un desafío difícil para el hombre medieval. Dice Calderón Bouchet que “*el espíritu del hombre de Occidente recibió el impacto con una disposición muy distinta y en este estado de ánimo incide, de una manera decisiva, la nueva preferencia valorativa de la burguesía comercial*”⁵. En un comienzo sólo unos pocos aventureros fueron capaces de emprender tales empresas. Había que romper la mentalidad condicionada por la economía rural, para ingresar en un modo de razonar más apropiado a la actividad mercantil. Debemos ver en esos hombres, provenientes de los más variados lugares y sectores sociales, que ya hacen notar su presencia desde fines del siglo X el anticipo de quienes serán los protagonistas de la

³ Romero, José Luis, *La revolución burguesa...*, ob. cit. pág. 284.

⁴ Se denomina romano-germánico al territorio que se estructuró tras las lentas y paulatinas invasiones de las tribus bárbaras provenientes de las estepas asiáticas, proceso que había comenzado antes de la caída del Imperio Romano y que se extenderá hasta los siglos XIV y XV.

⁵ Calderón Bouchet, Rubén, *La decadencia de la ciudad cristiana*, Editorial Universidad de Cuyo, 1977, pág. 249.

Revolución Burguesa. Un biógrafo de la época citado por Romero describe de este modo la vida de una persona del siglo XII:

Así, habiendo pasado en su casa apaciblemente los años de la niñez, comenzó a cultivar durante la adolescencia los caminos más prudentes de la vida y a emprender a fondo, cuidadosamente y como persona experimentada, los ejemplos seculares de la Providencia. No se dedicó a las faenas de la agricultura sino que se empeñó preferentemente en ejercitarse en los rudimentos de la adquisición, lo que es propio de las mentalidades más agudas. Así es que, estimulado por el celo de los mercaderes, comenzó a ocuparse frecuentemente de la venta de mercancías; al principio, por cierto, con cosas muy pequeñas y de muy poco precio, comenzó a aprender el arte de obtener ganancias; después, poco a poco, a desarrollar capacidades que había mostrado en su adolescencia para lograr ganancias mayores.⁶

Queda pintado un vívido cuadro de aquellos que osaron abandonar el mundo rural y se lanzaron a los caminos, visitaron ciudades, comerciaron, iniciando así grandes fortunas que se harían sentir algunos siglos después. Estos *mercaderes* y *artesanos*, que durante algún tiempo recorrieron los caminos llevando sus mercancías de un poblado a otro, se fueron aposentando en algunos lugares por las ventajas estratégicas que ofrecían, generalmente relacionadas por la protección que la geografía les brindaba y las ventajas de excepción de impuestos que podían conseguir. Estos poblados que comenzaron a crecer estaban preferentemente en las orillas de los ríos más importantes o en los cruces de caminos, utilizados por las caravanas comerciales. Estaban habitados por “*una multitud de nativos y extranjeros venidos por tierra y por mar de todas partes del mundo*” decía un cronista de la época, “*ayuntáronse de todas partes del universo burgueses de muchos y diversos oficios a saber: herreros, carpinteros, sastres, peleteros, zapateros, escutarios y hombres enseñados en muchos y diversos artes y oficios, y además personas de diversas y extrañas provincias y reinos, a saber: gascones, bretones, alemanes, ingleses, borgoñeses, normandos, tolosanos, provenzales, lombardos, y muchos otros negociadores de diversas naciones y extrañas lenguas; y así pobló e hizo la villa no pequeña*”. Algunas cifras que nos brinda Jacques Le Goff son útiles para que nos ubiquemos en el crecimiento poblacional:

El auge urbano es impelido en el siglo XIII por la oleada demográfica. Se ha calculado que de 1200 a 1300 la población de Europa pasó de 61 a 73 millones: Entre 1200 a 1340 la población de Francia habría pasado de 12 a 21 millones, la de Alemania de 8 a 14 y la de Inglaterra de 2,2 a 4,5... A lo largo de todo el siglo XIII el alza de los precios, y sobre todo de los precios agrícolas, manifiesta la tensión que la demanda creciente impone a los precios.⁷

Se fue constituyendo de este modo un nuevo sector social, cuya homogeneidad estaba marcada por las nuevas normas que se iban configurando alrededor de la actividad mercantil. Debemos entender que esto llevó dos o tres siglos poder quedar consolidado. A pesar de representar un factor de conflicto la integración social en marcha, por la variedad de costumbres y modales que traían consigo, las ciudades acogían con buena predisposición a los nuevos pobladores, porque daban lugar a progresos y riquezas que sin ellos no hubieran sido posibles. Esta expansión y revolución de la actividad comercial puso en crisis el orden *cristiano-feudal* establecido. Las viejas estructuras no resistían la movilidad que estos cambios producían, comenzaban a hacer resquebrajar el sólido orden feudal. Se fueron dando así una serie de conflictos de todo orden que se expresaban a veces como políticos, otras como sociales o, simplemente, como jurídicos dada la falta de ordenanzas que contemplaran las nuevas actividades. La estabilidad tan apreciada del viejo orden ya no se sostenía, las mentalidades que se aferraban al viejo ordenamiento se

⁶ Romero, José Luis, *La revolución burguesa...*, ob. cit., pág. 318.

⁷ Le Goff, Jacques, *La baja edad media*, Editorial Siglo XXI, 1965, pág. 204.

resistían a admitir el advenimiento del nuevo sistema. Los innovadores no se detenían ante las viejas normas y actuaban según sus conveniencias: la crisis estaba en marcha. Lo más sobresaliente de este proceso fue la constitución de un *nuevo sector económico* que acumulaba cada vez más poder y riquezas. Sector que, para su desenvolvimiento, no podía soportar el estrecho margen de la normatividad de la economía rural.

La vieja aristocracia ligada a la actividad rural miró este proceso como una sucesión de hechos circunstanciales, marginales y extraños, como un verdadero caos social, ya que eran marginales a la actividad socio-política en la que ellos vivían, sostenida por la renta rural y la guerra, no percibiendo de este modo la dimensión que iba adquiriendo. La mayoría de esta clase social señorial se mantuvo al margen de este nuevo proceso. Otros, los menos, advirtieron que podían sacar provecho cobrando impuestos. Pero en general no advirtieron la importancia que iba tomando y el poder económico y político que estaba acumulando. Entre los siglos XI y XII el nuevo sector social logró conformar un *sistema paralelo e independiente* de la economía rural y señorial, fundando de este modo un *sistema jurídico* más acorde a sus intereses. Estos dos sistemas jurídicos y sociales que se superponían dieron lugar a múltiples conflictos a lo largo de todo este período. Debe destacarse que el dinamismo del sistema mercantil terminaría, necesariamente, subordinando la economía rural a sus intereses. Romero explica esta etapa con estas palabras:

Como conjunto, la vieja aristocracia tardó mucho en descubrir la significación que tenía el hecho de que se desarrollara un nuevo tipo de actividad económica al lado de la tradicional, que ella controlaba. Era, sin embargo, una actividad que tendía necesariamente a instrumentalizar en su provecho el fruto de la economía agraria; pero acaso el sentimiento de la inmensa superioridad que la vieja aristocracia descubría en sí misma con respecto a las nuevas clases mercantiles, y sobre todo la seguridad que otorgaba la posesión del poder político, le impidieron alarmarse y comprender el extraordinario fenómeno que se desarrollaba delante de sus ojos. La concepción cristiano-feudal había arraigado vigorosamente en las conciencias y con ella una imagen estática de la vida social que ocultaba la posibilidad de cualquier cambio.⁸

Debo decir, nuevamente, la importancia de la reflexión de Romero sobre lo que ocurría en aquel momento. ¿No se podría decir otro tanto de lo que ocurre hoy? ¿No se ha “arraigado vigorosamente en las conciencias” una imagen, esta vez burguesa, que impide apreciar los cambios que se aproximan? Ésta es la importancia que tiene el estudio de la Historia, permite apreciar a la distancia procesos similares a los de la actualidad, con la frialdad que da el tiempo transcurrido. En esto radica la *sabiduría* que nos transmite cuando estamos en condiciones de “ver y oír” lo que nos está señalando. Las nuevas clases, por el contrario, detectaban con claridad los obstáculos que se le presentaban a sus proyectos de cambio y, con aguda inteligencia y una vigorosa imaginación no carente de audacia, emprendían la empresa de modificar todo lo que no les permitía seguir avanzando. Poseían una clara conciencia del *mundo infinito* que se les abría y esto les daba una fuerza revolucionaria incontenible. Enfrentaban los viejos prejuicios y las limitaciones de las antiguas instituciones creando nuevas y más dinámicas organizaciones, adecuadas a los tiempos y a los ritmos que las nuevas actividades exigían.

Desde el punto de vista político, si la nobleza feudal detentaba el poder basado en la fuerza militar que sostenía el sistema económico-social, no era menor el poder económico que nacía y estaba dispuesto a hacerse sentir en el plano político. Esto dio lugar, como ya dije, a numerosos conflictos resueltos de diverso

⁸ Romero, José Luis, *La revolución burguesa...*, ob. cit., pág. 332.

modo según cada lugar, que terminó con el derrumbamiento del orden *político-teológico*⁹, entronizando otro civil en el que lo jurídico respondería con mayor flexibilidad a una realidad cambiante. Ahora la ciudad tomaba claramente el comando del nuevo orden, constituyéndose en el centro del sistema. *El poder del castillo se trasladaba a los jefes del mercado*. Era necesario construir un nuevo ordenamiento que garantizara la paz y el orden. El estado de beligerancia de la vieja aristocracia feudal no satisfacía las necesidades de “orden” del mercado comercial. Era necesaria una ciudad estable con normas claras y precisas que se hicieran cumplir regularmente. El dinero no se siente cómodo en medio de la inestabilidad. La paz del mercado era la exigencia más urgente de los burgueses, y acompañando esa paz una legislación que la sostuviera. Dice Romero en este sentido:

Un régimen jurídico -que tenía que ser original y adecuado a las nuevas situaciones- y una policía urbana que atendiera tanto a los problemas de interés público, relacionados con la actividad comercial y manufacturera, como a los problemas de la vida cotidiana, fueron los objetivos que persiguieron quienes se encerraron dentro de los muros de las ciudades para desarrollar un nuevo tipo de vida fundado en el trabajo y orientado hacia la tranquilidad y el goce.¹⁰

Estos centros urbanos se convirtieron en un polo tan fuerte de atracción de población dispersa que pronto desbordaron los límites de los muros. Pero el contacto cotidiano, desconocido en el mundo rural por las distancias que los separaban y lo rudimentario de los caminos, fue creando una red de lazos solidarios y de formas institucionales nuevas que consolidó la organización de la ciudad. Aparecía el *gremio artesanal*, que más adelante veremos. Esta *nueva institucionalización* dio fuerzas a las ciudades, aún a las más pequeñas, por lo vigoroso de estas instituciones y por la cohesión de sus miembros. Aparece un nuevo problema, el que se plantea entre el señor feudal de la región y las autoridades de estos centros urbanos. Sin embargo el florecimiento de estas ciudades atrajo pronto a muchos hombres y mujeres que veían en estos centros urbanos posibilidades de emancipación y oportunidades de progreso. De algunos cientos de personas pasaron a tener miles de pobladores, lo que transformó la composición social de las ciudades y agregó una nueva dificultad social.

Se rompe un equilibrio que se había logrado entre la ciudad y su entorno rural. El aprovisionamiento de alimentos que se mantuvo ordenado durante algún tiempo comenzó a mostrar dificultades; el ritmo al que la población crecía no podía ser acompañado por las posibilidades de producción del mundo rural. Algo semejante comenzó a ocurrir con la salubridad, aparecieron problemas de orden urbanístico desconocidos hasta entonces. La ciudad medieval no estaba pensada para una cantidad tan grande de habitantes. Fue requerida la presencia de médicos y boticarios para poder responder a las nuevas demandas. Cualquier problema meteorológico que disminuyera el rendimiento de una cosecha producía un desequilibrio en la ciudad, con las hambrunas ya conocidas de ese período. La falta de una adecuada ventilación por el hacinamiento en las viviendas, proveer de agua potable en cantidad necesaria y de dar salida a las aguas servidas fueron problemas que no encontraban respuestas en esa etapa. El muro símbolo de seguridad demostró ser un estorbo en medio de las epidemias que asolaron los grandes centros urbanos.

A pesar de todo ello la ciudad se mostró como un centro generador de riquezas, de poder y de cultura. El debilitamiento del poder musulmán, que había sometido a su dominio el tráfico comercial del Mediterráneo, comienza a manifestarse a partir de los siglos X y XI, las cruzadas, aunque de efímero efecto en Medio Oriente, devolvió el dominio marítimo a los cristianos. A partir de allí comienza a darse una intensificación importante del comercio y, paralelamente, un crecimiento de las ciudades italianas. Éstas

⁹ La sociedad feudal se constituyó a partir de una alianza entre las noblezas rurales y la iglesia católica, estructurando un sistema de poder social basado en la ocupación territorial por la fuerza militar.

¹⁰ Romero, José Luis, *La revolución burguesa...*, op. cit., pág. 404.

fueron el polo que unió la zona de Flandes con el comercio hacia el oriente. En tablándose entre estos dos puntos una nutrida red comercial que armó gran cantidad de caravanas. Siguiendo esas rutas puede trazarse un mapa en el que van a ir naciendo los centros comerciales más importantes de la Europa occidental de esos siglos. Venecia y la Italia meridional en un extremo y la costa flamenca por el otro serán los puntos de referencia del florecimiento comercial y urbano. Así como el comercio había desaparecido al cerrarse la Europa anterior al siglo X (cercada por los enemigos musulmanes por el sur, y por los mogoles y tártaros por el este dos siglos después) el comienzo de la “reconquista” lo reactivó casi de inmediato. Empieza de este modo el fin de la inmovilidad en que se encontraban esos territorios, circunscriptos a la actividad en torno a producción rural, escasa, que sólo abastecía deficientemente las zonas inmediatas.

El comienzo de esta actividad funcionó como un efecto multiplicador. La actividad comercial potenció el crecimiento urbano, éste, a su vez, demandó mayor cantidad de provisiones de la zona rural, el hombre de campo debió concentrar su pensamiento y su tiempo en aumentar la producción agrícola por lo que dejó de producir gran parte de sus enceres y herramientas, todo esto fue provisto por la ciudad. La división del trabajo se acentuaba posibilitando una mejor y mayor producción en cada rubro. La aparición de la ciudad, y su mercado, no compitió con el campo, se apoyaron mutuamente en su desarrollo, aunque éste no fuera un proceso sin contradicciones ni conflictos. Esta presión de la demanda sobre la zona rural va a resquebrajar el sistema de relaciones feudales, su producción no va a satisfacer solamente la demanda local, ahora va a insertarse en el tráfico mucho más amplio del comercio. Por otra parte el modo de vida del “burgués” será un punto de referencia para el hombre ligado a la vida rural, que le muestra ciertos refinamientos y comodidades de la vida desconocidas para él, pero que comenzarán a ser apetecidas. También muestra una libertad que contrasta con su condición servil. Si ésta era natural para sus antecesores, ahora aparece un personaje que no es noble pero es libre, y su presencia es motivo de inquietud para el hombre atado a servidumbre. Si bien la libertad todavía no es un tema que puede ser entendido como aparecerá siglos después, el mismo burgués no tiene claridad al respecto puesto que no es para él una cuestión política sino sólo una ventaja para comerciar. Se presenta entonces una inquietud que, aunque todavía oscura, va a erosionar la solidez del edificio señorial.

3.- La formación de la comuna aldeana

La ciudad es un fenómeno social que sólo puede subsistir “importando” productos alimenticios para el mantenimiento de sus habitantes. Por tal razón el comercio es un modo consubstancial de vida, sin el cual su existencia no sería posible. Sin embargo no es una causa que nos lleve a afirmar que el comercio, a través de la formación de mercados, pueda señalarse como el punto de inicio del fenómeno que tuvo nacimiento en la baja Edad Media. Toda ciudad, si entendemos por tal un centro administrativo con una iglesia y alguna forma elemental de gobierno, ha presentado estas características. No hay ninguna ciudad así entendida que no haya contado con mercados semanales o quincenales. Pero ello se mantuvo a lo largo de toda la Edad Media, sin que significara ninguna modificación al status que había adquirido durante los cinco siglos anteriores. El desmembramiento del Imperio había reducido la actividad de muchas de esas ciudades, algunas de las cuales habían prácticamente desaparecido, pero esa reducida actividad de intercambio con la zona rural que la circundaba se mantuvo durante todo ese período, y llegó hasta la Revolución Industrial. No es, entonces, la existencia de mercados locales, como algunos historiadores han sostenido, la razón del origen del fenómeno de la aparición del nuevo tipo de ciudad que se puede detectar a partir del siglo X.

Ya desde la Antigüedad la ciudad aparecía como el lugar de residencia de los hacendados. Hasta la Roma imperial, que llegó a contar con más de un millón de habitantes, presentaba esa característica de vivir de su entorno rural sin casi producir nada. Lo que caracteriza a la nueva ciudad medieval, cuna de un “nuevo hombre”, el burgués, es el dinamismo que imprime a toda la actividad comercial y el carácter que esta adquiere en el juego político interno. Dice Henri Pirenne (1862-1935), profesor de las universidades de Gante y Bruselas “... jamás hubo en el pasado un tipo de hombre tan específico y claramente urbano como el que compuso la burguesía medieval”. El origen de estas ciudades está intensamente ligado a la reactivación del comercio y a la importancia que ésta adquirió en el nuevo ordenamiento económico-social que se estaba gestando. En Italia y en los Países Bajos, como ya había quedado expresado, son los territorios en los que puede observarse este crecimiento urbano con las nuevas modalidades que producen. Le Goff advierte un cambio respecto de las ciudades que sobrevivieron a la caída del Imperio:

En estas nuevas ciudades, en estos nuevos barrios, se manifiesta un nuevo espíritu urbanístico. El plano regular, circular o, más corrientemente, en damero, expresa una madurez del genio urbano, un esfuerzo de “racionalización” que deja adivinar mutaciones mentales... La construcción de nuevas murallas materializa a través de toda la cristiandad el crecimiento de las ciudades más antiguas... (como ejemplo) Aproximadamente entre 1100 y 1230 Viena conoce cuatro murallas sucesivas que enmarcan a un perímetro que se amplía sin cesar... Las ciudades... inspiran imágenes urbanas estilizadas. Los escudos de las ciudades... se cuentan entre los primeros testimonios de esta mentalidad urbana.¹¹

Otra característica destacable de ese crecimiento es que va a ser sostenido e imparable, a diferencia de lo que ocurrió en otros centros urbanos de mucha mayor antigüedad, que se mantuvieron como pequeñas villas, o poblados sin importancia. El historiador belga Pirenne describe el proceso con estas palabras:

Las aglomeraciones comerciales se caracterizan, a partir del siglo X, por su crecimiento ininterrumpido. Por esta misma razón presentan un gran contraste con la inmovilidad en la que persisten las ciudades y los burgos en cuya base se han asentado. Atraen continuamente a nuevos habitantes. Se dilatan con un constante movimiento cubriendo un espacio cada vez mayor de forma que, a comienzos del siglo XII, en un buen número de lugares, rodean ya por todas partes a la primitiva fortaleza en torno a la cual construyen sus casas. Desde comienzos del siglo XI, se hizo indispensable crear nuevas iglesias y repartir la población en nuevas parroquias... El modelo original es generalmente muy sencillo. Un mercado junto al río que atraviesa la localidad o bien en su centro, es el punto de intersección de sus calles que, partiendo de allí, se dirigen hacia las puertas que dan acceso al campo; porque el suburbio comercial, y es importante destacar este hecho con especial atención, se rodea en seguida de construcciones defensivas.¹²

No podía ser de otro modo en una sociedad que, a partir de la pérdida de poder de la monarquía, pese al esfuerzo de los príncipes y de los dignatarios de la Iglesia, era altamente insegura por el riesgo de asalto o saqueo de los numerosos bandidos que asolaban los caminos. La disolución del poder carolingio y las invasiones de los normandos convertía a la seguridad pública en una deuda evidente del nuevo orden social. Ya en el siglo IX puede advertirse que las murallas son la única garantía que la propiedad tiene para asegurar su existencia. Las personas más ricas y los comerciantes fueron a los centros urbanos en busca de un refugio seguro. Eran épocas en que ningún comerciante viajaba solo y sin armas y debía convertir el lugar donde guardaba sus mercancías en un fuerte. No debe extrañar entonces que los mercados fueran amurallados. Las nuevas ciudades se iban construyendo alrededor de las viejas. En aquellos casos, muy

¹¹ Le Goff, Jacques, *La baja...*, ob. cit., pág. 44.

¹² Pirenne, Henri, *Las ciudades de la edad media*, Editorial Alianza, 1985, pág. 97.

numerosos por cierto, en que se hacía sentir la revolución a que era sometida la antigua ciudad, ésta era víctima de serias tensiones, entre lo viejo y lo nuevo. Todavía en los escritos de la época puede advertirse la diferencia de denominación: la vieja ciudad seguía siendo llamada cives (en el territorio del viejo imperio), en cambio a los terrenos ocupados por las nuevas construcciones y el área comercial, desde comienzos del siglo XI, comienzan a ser llamados nuevo burgo y a sus habitantes burgueses. “*La primera mención que yo conozco de esta palabra corresponde a Francia, donde aparece a partir de 1007*” dice Pirenne. Y agrega este comentario para afirmar la diferencia entre un tipo de ciudad y otra:

Resulta curioso observar cómo jamás se aplica (la palabra burgués) a los habitantes del burgo viejo, que aparecen con el nombre de castellani o de castrenses. Esta es una prueba más, y especialmente significativa, de las razones que existen para buscar el origen de la población urbana, no entre la población de las fortalezas primitivas, sino entre la población inmigrada que el comercio hace fluir en torno de ellas y que, desde el siglo XI, comienza a absorber a los antiguos habitantes.¹³

Y agrega, en páginas siguientes estas palabras, que van adelantando una tesis que creo de gran importancia para este trabajo que presento. Esta tesis tiende a apuntar a un perfil definido de personas, que van a confluir por sus intereses en estas ciudades y que constituirán la base de la Revolución Burguesa. Estas personas son el revulsivo social necesario para dar forma a una estructuración nueva de las relaciones sociales: *el capitalismo*. Leamos:

¿Bajo qué apariencia conviene representarse a la burguesía primitiva de las aglomeraciones comerciales? Es evidente que no se componía exclusivamente de mercaderes viajeros... Debía incluir, junto a estos, a un número más o menos considerable de individuos empleados en el desembarco y transporte de mercancías, en el aparejo y aprovisionamiento de barcos, en la confección de vehículos, toneles y cajas, en una palabra, de todos aquellos accesorios indispensables para la práctica de los negocios. Ésta atraía necesariamente hacia la naciente ciudad a las gentes de los alrededores que buscaban trabajo... Para cubrir sus necesidades cotidianas necesitaba no sólo de una cantidad, sino una variedad creciente de gentes con oficios.¹⁴

Oficios como el de tejedor, que habían comenzado a desarrollarse en las zonas rurales, encontraron en la concentración urbana un mejor clima productivo y hacia allá mudaron su industria. De este modo se fueron creando puestos de trabajo que atrajeron a los tejedores de las zonas rurales. En tiempos de la economía señorial cada establecimiento rural satisfacía la mayor parte de sus necesidades produciendo rudimentariamente la casi totalidad de sus enceres, herramientas, amoblamientos y vestimenta con sus propias manos. La especialización, que la división del trabajo produjo en las ciudades, ofreció una variedad y cantidad de mercancías que competía con muchas ventajas sobre las producidas en el campo. Esto da a lugar a un intenso intercambio entre la zona rural y la urbana, con beneficio para ambas. Como ya había sido señalado, este intercambio fue paulatinamente transformando las modalidades sociales de las zonas rurales por el impacto que producía el dinamismo de la actividad burguesa. Con el correr del tiempo el campo se vio sometido a las características del comercio urbano. Se podría decir, con cierta osadía, que el campesino comienza así su camino de “aburguesamiento”, como también lo iba a comenzar a padecer una parte de la nobleza rural.

Este éxodo de las zonas rurales a las urbes nacentes creará no pocas dificultades de orden social. En los primeros siglos comienza a aparecer este nuevo tipo social que compone el *mercader libre*. Pero en el caso de los hombres provenientes del mundo rural su aspecto denunciaba su condición servil. Su pretensión

¹³ Pirenne, Henri, *Las ciudades...*, ob. cit., pág. 99.

¹⁴ Pirenne, Henri, *Las ciudades...*, ob. cit., pág.100.

de libertad chocaba con su origen y eran tratados como siervos. En cambio, el mercader itinerante a quien no se le conocía origen posaba como hombre libre con ventaja. De este modo muchos de los artesanos emigrados del campo conservaban en la ciudad su condición servil. Cabe dejar asentado acá que la revolución que va produciendo la burguesía es más la consecuencia de la defensa de sus intereses comerciales y de las ventajas obtenidas genera, que de una conciencia transformadora de la estructura social. De tal modo, los lentos avances que va conquistando no tienen el sentido de cambiar el orden establecido sino en el de participar de sus privilegios. Las clases bajas que la acompañan en este proceso sólo hacen número en el juego de intereses en disputa y nada o muy poco ganan. Casi podría decirse que obtienen un cambio de dueño, pero que su condición social no sólo no mejora, sino que en numerosos casos empeora con el cambio de vida. Esto que queda dicho debe ubicarse en el período que va desde el siglo X hasta el XIV. La Revolución en esta primera etapa se concretará alrededor de la obtención de ventajas y privilegios para sus necesidades industriales y comerciales. Sólo después adquirirá el carácter político que los siglos XVII y XVIII van a mostrar. Pirenne, estudioso profundo de esta etapa, afirma sobre este tema:

Basta con echar una ojeada sobre sus principales reivindicaciones para convencerse de que no van más allá de lo estrictamente necesario. Se trata, antes que nada, de la libertad personal, que garantizará al mercader o al artesano la posibilidad de ir y venir, residir donde quiera y poner a punto su persona, así como la de sus hijos, al abrigo del poder señorial. Inmediatamente después reclama la concesión de un tribunal especial, gracias al cual el burgués podrá eludir la multiplicidad de jurisdicciones de las que depende y los inconvenientes que el procedimiento formalista del antiguo derecho impone a la actividad social y económica. Se pretende además el establecimiento en la ciudad de una paz, es decir, una legislación penal que garantice la seguridad; la abolición de las prestaciones que resultan incompatibles con la práctica del comercio y de la industria, y con la posesión y la adquisición del suelo; finalmente, un grado más o menos extenso de autonomía política y de autogobierno local.¹⁵

Por otra parte, las *corporaciones de artesanos*, institución que más adelante analizaremos, celebraban fiestas en las que se reconocían las habilidades especiales y el trabajo bien hecho. El producto del trabajo tenía una estrecha relación con el productor, no era una mera mercancía, como ocurriría en pleno capitalismo; existía el orgullo de la producción artesanal, rayano con lo artístico. Esta manera de entender el trabajo va a quedar de lado, no mucho tiempo después, con la producción en gran escala que exigen los mercados de ultramar. La Reforma religiosa no generó el espíritu capitalista, pero sin ella es difícil que la conciencia social hubiera dado un paso tan grande que desmoronara tradiciones tan arraigadas y posibilitara un proceso de tal magnitud. Es necesario tener en cuenta que todo proceso de cambio histórico es tributario de un complejo sistema de factores, que se condicionan mutuamente, se modifican, el hacer y el pensar humanos combinados en diferentes dosis producen un resultado, difícil de prever y explicar.

Se puede entrever en esta síntesis el proceso de autonomía tibia con que comienza lo que llegará a ser la entronización del poder burgués que se coronará con la *Revolución Francesa* en el siglo XVIII. Desde comienzos del siglo X, entonces, podemos observar este proceso de conquistas paulatinas que, a mediados del siglo XII, conseguirá las primeras formas de *autonomía comunal*. A esta vamos a prestarle especial atención. Algunos atisbos de esta autonomía puede detectarse a mediados del siglo XI en Italia en la ciudad de *Luca*, en la cual se va a conformar una “corte comunal”, posteriormente en *Milán* los cónsules ejercitan también esa magistratura. Estos personajes son reclutados entre las diversas clases de “gente principal”, si bien en un principio cada magistrado elegirá a su sucesor al poco tiempo se impondrá el carácter electivo de esos cargos. Así la comuna municipal va a institucionalizar formas de organización que consolidarán la

¹⁵ Pirenne, Henri, *Las ciudades...*, ob. cit., pág. 112.

incipiente autonomía que exhiben al comienzo. Este proceso por los éxitos que muestra se va a extender a lo largo de Italia y Francia, así como del norte de Europa y posteriormente hacia el Rin. Veamos a Le Goff:

También en los grandes centros comerciales terrestres comienza a esbozarse entonces una legislación comercial, especialmente en Italia donde un tribunal, la Mercanzia, iba conquistando poco a poco una existencia oficial. En Florencia la Mercanzia será reconocida en 1037 como tribunal público. En París, en el siglo XIII, el tribunal comercial del Parloir aux Bourgeois, desborda también el simple papel de jurisdicción mercantil. Su primer magistrado, el Preboste de los Mercaderes se convierte en una especie de alcalde de la ciudad.¹⁶

4.- Las nuevas formas de Gobierno Autónomo

Las nuevas instituciones consolidadas hasta con juramentos de lealtad mostraron comunas aldeanas fuertes y prósperas, en las que las organizaciones políticas marcaron un nuevo derrotero para la cultura occidental, colocando piedras fundacionales que siglos después, con algunas modificaciones dieron lugar a las modernas democracias que se establecieron a lo largo de los siglos XIX y XX. Puede pensarse en una especie de laboratorio de experimentación de una democracia que tardaría todavía algunos siglos en institucionalizarse. La lucha contra las desigualdades feudales consolidó la conciencia de la igualdad que defenderían sostenidamente. De allí que la ley sostuviera que el nuevo orden jurídico castigaría “tanto a aquel muy poderoso como aquel que no lo sea”. Debe entenderse que el “poderoso” como “aquel que no lo sea” no incluía a las clases más bajas, la chusma, de la comuna urbana.

Este nuevo orden social que representa la ciudad, surgido bajo las prácticas de la burguesía industrial y comercial, clamaba por nuevas formas institucionales de gobierno, de manejo de una novedosa “cosa pública” propia de esta ciudad que, si bien podía tener reminiscencias de las viejas “polis”, presentaban caracteres propios, nuevos, para cuyo ordenamiento era más útil la creatividad que el conocimiento de la historia, aunque no por ello debía ser olvidado. Por ello gran parte del *Derecho Romano* va a ser reflatado, pero su lectura e interpretación tendrá ahora una neta connotación burguesa. Desde los siglos IX y X aparece la figura de un *alcaide* que extiende su autoridad desde el viejo burgo a los nuevos territorios del mercado. Se le va a agregar en el ejercicio de la autoridad un *tribunal de regidores* que funcionará bajo la presidencia del alcaide. En esta etapa se mantiene superpuesto, como ya hice mención, dos tradiciones, dos legislaciones, dos usos, uno que viene del viejo *orden señorial* y el otro surgido sobre las prácticas comerciales de las nuevas clases sociales. La legislación señorial va ir tornándose en una traba para el desenvolvimiento del mercado y entrará en sucesivos conflictos. Esto dará lugar a múltiples negociaciones por las cuales el alcaide va ir autorizando, cada vez en mayor medida, la creación de entidades burguesas que atiendan la cada vez más compleja conflictividad social y económica. Al respecto dice Pirenne:

Es necesario que la propia burguesía se encargue de estas reformas, porque no puede contar con que las lleven a cabo los alcaides, los monasterios o los señores cuyas tierras ocupan. Pero además hace falta que, en el seno de la población tan heterogénea del mercado, un grupo de hombres se imponga a la masa y tenga la fuerza y el prestigio suficientes para tomar el mando. Los mercaderes, desde la primera mitad del siglo XI, asumen resueltamente este papel. No solamente constituyen en cada ciudad el elemento más rico, más activo de cambios, sino que además poseen la fuerza de la unión... Los jefes libremente elegidos... eran los guardianes de una disciplina aceptada por todos... Una caja, que se llenaba con sus contribuciones (la de los mercaderes), servía a las necesidades de la sociedad y un hogar social se utilizaba como local para sus reuniones... La

¹⁶ Pirenne, Henri, *Las ciudades...*, ob. cit., pág. 186.

prosperidad del comercio estaba demasiado directamente vinculada a la buena organización de las ciudades como para que los cófrades de las “guildas” no se encargaran espontáneamente de atender sus necesidades más indispensables.¹⁷

Los alcaldes fueron descubriendo que no representaban para ellos una competencia en el manejo del poder de la ciudad, puesto que los intereses de los comerciantes se circunscribían a resolver las cuestiones ligadas al buen desenvolvimiento del mercado. De hecho, aunque no hubiera ningún derecho que lo amparara, se fueron convirtiendo en un *gobierno autónomo* para los problemas propios de sus actividades. Claro está que esta primera autonomía iba a ir creciendo con el tiempo hasta llegar a pretender el gobierno total de las ciudades comunales como va a ocurrir a partir del siglo XIII. La iniciativa de estas nuevas formas gubernamentales, por la apatía y la pasividad de las antiguas, atenderán cada vez más temas y pronto se ocuparán de problemas edilicios, de salubridad y seguridad públicas.

El desenvolvimiento de esas formas orgánicas que cumplían cada vez más funciones requirió de una legislación acorde a la importancia de los temas tratados. Las antiguas reglas de los regidores no se adaptaban a la dinámica de la nueva situación. Nuevas *regidurías* irían sustituyendo o llenando los vacíos existentes en temas puntuales ante situaciones no previstas. Los nuevos *regidores elegidos entre los burgueses* compartieron en una primera etapa el gobierno con los tradicionales, pero en un tiempo no muy prolongado aquéllos desplazaron totalmente a éstos. Se conformaron así tribunales compuestos por *burgueses elegidos en cargos con períodos prefijados, con obligatoriedad en la rotación de sus miembros*. Afirma Pirenne que no es fácil ubicar en el tiempo estos cambios, que además no se han dado en todas partes sincrónicamente, pero que “... *la primera alusión que poseemos en Flandes de una regiduría urbana se remonta al año 1111...*”. No puede decirse que se desprenda de la actividad de estos tribunales una legislación sistemática. Responden, más bien, a necesidades puntuales, a cuestiones circunstanciales, pero van sembrando la semilla de un nuevo ordenamiento jurídico, y sobre todo de un nuevo concepto de derecho: *el del ciudadano libre*. Es importante retener este dato: *en el siglo XII tenemos registrados antecedentes de la estructuración de una legislación que contempla los derechos del ciudadano*.

Este nuevo concepto del derecho, que se va a enfrentar al privilegio feudal apoyado en la nobleza de sangre de la persona del privilegiado, va a echar las bases del *derecho del hombre* en su calidad de *habitante de la ciudad, es la ciudad la que le otorga su derecho y es su pertenencia la que lo resguarda*. Está naciendo *el ciudadano*, estatus jurídico del burgués. Un viejo dicho alemán del siglo XII sostenía: “*El aire de la ciudad hace libre*”. Dentro de la ciudad, sea cual fuere la riqueza que se tenga o la clase social a la que se pertenezca, todos tienen los mismos derechos ante el tribunal, que deberá juzgar según derecho, sin contar con origen social o título que se disponga. Esto, que a nuestros oídos suena a “natural”, era para la época una conquista revolucionaria que avala la denominación de “*revolución burguesa*” que utiliza el historiador belga. Los únicos excluidos de estos derechos eran los marginados de ese sistema.

Esta revolución que introduce la legislación urbana conmueve la economía en el ámbito de la ciudad. El que construía una casa tenía propiedad sobre ella. Esto debe ser comprendido dentro del marco de la tradición señorial, por la cual el señor de la región tenía derechos sobre todo lo que apareciera sobre su territorio. El territorio urbano altera estas reglas, y quien construye tiene derecho a comprarle al “señor” el terreno que ocupa. Aparece así una forma de propiedad inmobiliaria desconocida hasta entonces. Y quien así construye y posee puede también vender, y hacerse de dinero líquido que puede invertir en otros negocios, o en volver a construir para vender o rentar. Una nueva actividad y un nuevo sujeto de derecho se

¹⁷ Pirenne, Henri, *Las ciudades...*, ob. cit., pág. 121.

hace presente dentro de los muros de la ciudad. Está naciendo la nueva sociedad. El suelo urbano terminó teniendo un código de legislación totalmente diferente al que regía fuera de esos muros. Leamos a Pirenne:

Se transforma la misma base del derecho, como lo hicieron la condición de las personas, el régimen de la tierra y el sistema fiscal. El procedimiento complicado y formalista... no tardaron en adaptarse a las nuevas condiciones del medio urbano. Los antiguos contratos formales, introducidos por la costumbre, desaparecen a medida que la vida económica se hace más complicada y activa... El principio de territorialidad del derecho se impone al de la personalidad. Los burgueses, al estar sometidos al mismo derecho penal, acabarán participando, tarde o temprano, del mismo derecho civil. La costumbre urbana se circunscribe a los límites de la paz y la ciudad constituye, en el recinto murallas, una comunidad de derecho.¹⁸

Acompañando a todas estas reformas y por la necesidad de cubrir los gastos que demandaban el cuidado y el crecimiento de la ciudad, se hizo necesario crear un sistema fiscal que atendiera esas necesidades. En este sentido también pueden verse las diferencias que el derecho fiscal burgués introduce, respecto al tradicional de las cargas impositivas feudales. Una ciudad que debe ser atendida para satisfacer las necesidades de todos, debe ser solventada por todos. *“Todos los burgueses que disfrutan igualmente las ventajas de la comuna están por lo mismo obligados a cubrir sus gastos”* confirma Pirenne. Lo que cada uno debe aportar está fijado en proporción a su fortuna, sentando así un principio de justicia social que no puede pasar inadvertido, y estamos hablando de hace ocho siglos. Y agrega el historiador belga *“... sea cual sea la forma que adquiera, el producto del impuesto es dedicado enteramente a cubrir las necesidades de la comuna. Desde el siglo XII se instituye un control financiero y, desde esta época se observan las primeras huellas de una contabilidad municipal”*. Comienza a parecer una serie de principios administrativos de eficiencia y de control.

Las necesidades que la comuna debía atender, que fueron creciendo con el transcurso del tiempo, y que en el siglo XIII ya vemos en toda su acción son: la provisión de alimentos provenientes del agro que la población de la ciudad debía “importar”, como ya hemos visto, todo de la zona cercana; proteger a los artesanos de la competencia de lo producido en otras ciudades para no perjudicar a sus habitantes; organizar el aprovisionamiento de materias primas y asegurar la “exportación” de sus manufacturas; proteger al consumidor respecto de calidad y precio; atender a las necesidades de educación y salud de sus pobladores, etc. Según Calderón Bouchet la legislación urbana transcribe en reglas jurídicas *“los principios morales impartidos por la Iglesia”*, para quien era necesario *“establecer para cada producto el justo precio, esto es, el precio mínimo”*. Podríamos decir, con conceptos actuales, un esbozo del estado benefactor a nivel comunal. Todo esto lo realizó de modo tal que despierta la admiración de Pirenne, quien lo expresa con estas palabras:

Lo consiguieron mediante una reglamentación tan maravillosamente adaptada a su objetivo que se la puede considerar como una obra maestra de su género. La economía urbana es digna de la arquitectura gótica, de la que es contemporánea. Creó todas las piezas y diría gustosamente que creó ex nihilo una legislación social más completa que la de cualquier otra época de la historia incluida la nuestra. Al suprimir los intermediarios entre el comprador y el vendedor, garantizó a los burgueses el beneficio de una vida barata, persiguió incansablemente el fraude, protegió al trabajador contra la competencia y la explotación, reglamentó su trabajo y su salario, cuidó la higiene, se ocupó de su aprendizaje, impidió el trabajo de las mujeres y de los niños, al mismo

¹⁸ Pirenne, Henri, *Las ciudades...*, ob. cit., pág. 129.

tiempo que consiguió reservar para la ciudad el monopolio de alimentar con sus productos los campos de los alrededores y encontrar en zonas alejadas salidas para su comercio.¹⁹

Es sorprendente para nosotros, hombres de final del siglo XX, leer estas palabras de una época tan alejada, en tiempo y espacio, que presenta una *organización social casi ideal* respecto de la que nos rige. Una *organización de la vida en comunidad* que atendiera a tantas y tan variadas cuestiones y las resolviera de ese modo. La autoridad académica y la seriedad intelectual de quien lo dice no permiten dudas sobre el particular. Sostiene este autor que la monumentalidad de las catedrales del siglo XIII sólo son concebibles en su realización por el enorme entusiasmo de los burgueses, puesto que veían en su construcción, no sólo una glorificación de Dios sino, al mismo tiempo, una glorificación de sus ciudades para las cuales constituían, junto a sus torres, un magnífico ornamento.

5.- *El apoyo mutuo*

La descripción que hace el príncipe ruso Pedro Kropotkin (1842-1924) de la vida en las comunas medievales, en un libro que tituló *El Apoyo Mutuo* nos da una pintura de aquella forma social. Podemos, siguiendo a este autor, corroborar y profundizar lo que hemos venido viendo de esta forma social, revolucionaria para su época, de cuyo estudio creo que podemos hoy sacar importantes enseñanzas. Aunque pueda aparecer como redundante, respecto de lo ya visto, no debe perderse el acento que este estudioso coloca en los aspectos solidarios de esta estructuración de la comuna aldeana. Este libro lo escribió para refutar el concepto de “lucha de las especies” de Charles Darwin (1809-1882), pero sobretudo el de “supervivencia del más apto” de Herbert Spencer (1820-1903), y combatir la influencia en la concepción biológica de la estructura social, que daba lugar a la *justificación de la lucha de clases como un orden natural*. Decía Kropotkin respecto de la comuna medieval:

El objeto principal de la ciudad medieval era asegurar la libertad, la administración propia y la paz; la base principal de la vida de la ciudad era el trabajo. Pero la producción no absorbía toda la atención del economista medieval. Con su espíritu práctico comprendía que era necesario garantizar el consumo para que la producción fuera posible; y por esto proveer a la necesidad común de alimento y habitación para pobres y ricos era el principio fundamental de la ciudad. Estaba terminantemente prohibido comprar productos alimenticios y otros artículos de primera necesidad antes de ser entregados al mercado, o a comprarlos en condiciones especialmente favorables, no accesibles a todos, en una palabra, especular. Todo debía ir primeramente al mercado y allí ser ofrecido para que todos pudieran comprar hasta que sonara la campana y se anunciara el cierre. Sólo entonces podía el comerciante minorista comprar los saldos restantes: pero aún en este caso su beneficio debía ser un beneficio honesto... En una palabra, si la ciudad sufría necesidad, la sufrían entonces, más o menos, todos; dentro de sus muros nadie podía morir de hambre.²⁰

Nos han llegado documentos de la época que demuestran que en muchas ciudades se designaban funcionarios para la compra de lo que la ciudad no producía, y se ofrecía por igual a todos los comuneros (los habitantes de las comunas). Del mismo modo muchos gremios artesanales hacían compras comunitarias de sus materias primas, repartiendo las utilidades que el mejor precio les proporcionaba. El espíritu de la cristiandad se reflejaba en toda la actividad económica. El trabajo era considerado como un *deber moral hacia el prójimo*, ya que cumplía una función social. La idea de *justicia* con respecto a la ciudad, y la de *verdad* con respecto al productor y al consumidor y sus intercambios, eran la *regla de todas*

¹⁹ Pirenne, Henri, *Las ciudades...*, ob. cit., pág. 135.

²⁰ Kropotkin, Pedro, *El apoyo mutuo*, Editorial Américalée, 1946, pág. 213.

las relaciones sociales. Reinaba un espíritu tal en el orgullo por el trabajo bien hecho, por cualquier artesano, que los defectos de fabricación avergonzaban a quien lo producía. Los defectos técnicos en las manufacturas afectaban el prestigio de toda la comuna, puesto que atentaban contra la confianza pública, por ello, como la producción era un compromiso social, quedaba bajo el control de la *corporación del gremio* la verificación de calidades, precios y modelos. Es probable que el tono parezca paradisíaco en la descripción del investigador ruso, preocupado por destruir la imagen que la *Ilustración* ha creado de la Edad Media. Sin embargo es necesario dejar afirmado que una decisión política del liberalismo del siglo XIX contribuyó también a esa mala imagen. Nuestra educación así nos lo ha transmitido, por ello vale el señalamiento:

Aquellos que hablan de oscurantismo no han comprendido nada. Esa es una idea falsa, legado del Siglo de las Luces y de los románticos. La era moderna nació en el medioevo. El combate por la laicidad del siglo XIX contribuyó a legitimar la idea de que la Edad Media, profundamente religiosa, era oscurantista. La verdad es que la Edad Media fue una época de fe, apasionada por la búsqueda de la razón. A ella le debemos el Estado, la nación, la ciudad, la universidad, los derechos del individuo, la emancipación de la mujer, la conciencia, la organización de la guerra, el molino, la máquina, la brújula, la hora, el libro, el purgatorio, la confesión, el tenedor, las sábanas y hasta la Revolución Francesa²¹.

Le Goff corrobora lo afirmado y podría decirse que sale en defensa de Kropotkin, respecto de la imagen medieval. Es rescatable, desde nuestra perspectiva, recuperar la existencia de *formas orgánicas institucionales*, de producción y distribución, así como de control, en las que se imponía el sentido de servicio, aunque no excluía la necesidad de producir beneficios. En la línea de lo que venía afirmando Kropotkin afirma más adelante:

Realmente, cuanto más estudiamos las ciudades medievales tanto más nos convencemos de que nunca el trabajo ha sido tan bien pago y ha gozado del respeto general como en la época en que la vida en las ciudades libres se hallaban en su punto de máximo desarrollo. Más aún. No sólo muchas de las aspiraciones de nuestros radicales modernos habían sido ya realizadas en la Edad Media, sino que mucho de lo que ahora se considera utópico se aceptaba entonces como algo completamente natural.²²

Puede parecer ridículo, y hasta dar lugar a incredulidades, que alguien pretenda que el trabajo deba ser agradable y producir placer, que deba posibilitar la manifestación y realización de la persona humana. Sin embargo al leer la ordenanza de una pequeña ciudad medieval, Kuttentberg, de Alemania, debemos aceptar que el príncipe lleva algo de razón en lo que sostiene, cuando afirma que lo que parecen sueños de un futuro imposible ya se realizó en el pasado. Esta ordenanza nos recuerda la severidad del juicio de San Pablo “*quien no quiera trabajar que no coma*” por el peso del espíritu cristiano en esa época. Leamos la ordenanza:

Cada uno debe hallar placer en su trabajo y nadie debe, pasando tiempo de holganza, apropiarse de lo que se ha producido con la aplicación y el trabajo ajeno, pues las leyes deben ser un escudo para la defensa de la aplicación y el trabajo.²³

²¹ Corradini, Luisa, “Reportaje a Jacques Le Goff”, Diario La Nación,

²² Kropotkin, Pedro, *El apoyo...*, ob. cit., pág. 251.

²³ Citado por Kropotkin, *El apoyo...*, ob. cit., pág. 215.

6.- La economía del hombre medieval

Para reafirmar las distancias que separan el mundo medieval (desde el siglo X hasta el XV) del mundo capitalista moderno (desde las formas primeras que éste adquirió a partir de los siglos XV y XVI) sin que se entienda que todo esto sucedió en breve lapso de tiempo, un espacio de cuatro o cinco siglos separa ambos mundos, recurro a Tawney cuando sostiene que:

... la más fundamental diferencia entre el pensamiento económico medieval y moderno consiste, ciertamente, en que mientras éste alude normalmente a la conveniencia económica, como quiera se la interprete, en la justificación de cualquier acto particular, política o sistema de organización, parte aquél de la posición que supone la existencia de una autoridad moral a la que han de subordinarse las consideraciones de la conveniencia económica.²⁴

Dicha autoridad encarnada en la Iglesia y consubstanciada con el espíritu epocal era el ojo escrutador de las conductas humanas. No quiere decir esto que no hubiera bribones, especuladores o estafadores, aun dentro de la misma Iglesia, pero éstos eran una lacra, una patología social, así vista por la comunidad. Eran marginales al sistema de creencias y valores de aquella época. Debe hacerse la aclaración de que se está hablando de la cultura de las ciudades, no del orden señorial que dominaba la zona rural. Una legislación minuciosa atendía a estas desviaciones, como hemos visto. Pero para nosotros surge la pregunta ¿cómo pudo darse la desintegración de un modo de vida como ese para pasar a ese otro que nos muestra el capitalismo de hoy? Si el sistema de creencias estaba sustentado en la Fe, como muro de contención de ambiciones y deseos, ¿qué debilitó esa Fe? El deseo y la ambición son tan viejos como las primeras formas de estructuración de la sociedad en clases sociales. La riqueza, la envidia y la codicia que estas desigualdades despiertan las conocía el hombre desde la aparición del excedente económico, millares de años antes²⁵. ¿Cómo la ambición de ganancias se desbordó deteriorando el sistema de normas morales? Esta forma de preguntar, tantas veces utilizada para entender los procesos históricos, contiene una simpleza y una superficialidad que impide avanzar en la búsqueda de las respuestas.

Es casi una constante histórica que los procesos de cambio se producen por la decadencia de un orden social, generada por el agotamiento espiritual, cultural, económico y político, que lo inhabilita para dar respuestas a las nuevas necesidades. Esa incapacidad lleva a que se deteriore el sistema de creencias en que se sustenta. Este debilitamiento da lugar a una dialéctica en el entrecruzamiento de factores que se condicionan y se modifican mutuamente lo que, a su vez, permite el nacimiento de otras formas institucionales y políticas que comienzan a dar otra configuración a la sociedad naciente. En otras palabras, el cambio histórico es la consecuencia de un deterioro que posibilita el nacimiento de lo nuevo, éste está ya, en germen, dentro del viejo sistema. Todo ello se da por la concurrencia de una serie muy grande de factores, no siempre detectables. Posiblemente, durante los siglos XIII y XIV el mundo feudal empieza a salir de su encerramiento, como consecuencia de la expansión y la conquista de nuevas tierras. Este proceso dio lugar a una demanda de nuevas manufacturas e intensificó el intercambio con países y culturas distintas. Estas nuevas experiencias despertaron de la quietud a la sociedad tradicional y la puso en contacto con otros modos de vida. Debe agregarse a ello, un siglo después, el encuentro con un nuevo continente y con un flujo de metales preciosos que quintuplicó las reservas que Europa poseía. Se abrió así

²⁴ Citado por Fromm, *El miedo...*, ob. cit., pág. 79.

²⁵ Sobre el particular se puede consultar mi trabajo *El hombre originario*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

un ancho cauce a la ambición y relajó las normas que contenían el sistema de la cristiandad feudal y el ordenamiento en las comunas aldeanas.

Posiblemente, ante la menor vacilación del sistema de creencias que sostenía la forma ascética de la vida de la comuna medieval, comienza a manifestarse una nueva tabla de valores, la acumulación de bienes por parte de un sector social, hasta entonces desconocida. La dinámica que se instaura a partir de comerciar con regiones tan distantes fisuran la solidez de la moral medieval. A través de esas fisuras se filtran otros modos de pensar y obrar acordes con las prácticas de vida de una burguesía distinta, más ligada a la aventura y al tráfico entre regiones muy alejadas y diferentes. Todo ello posibilita la toma de conciencia de las relatividades de las normas y costumbres, juzgadas desde una moral individual, que va a encontrar después en la *Reforma* su expresión teológica. Esto abre un camino a la osadía en la innovación y el cambio, empujando el límite de lo permitido se afloja el peso de las normas medievales y su validez. El camino que la ciudad abrió para sí se va a ir expandiendo por todas partes. Nos vamos encontrando así, lentamente, con un trastrocamiento de valores, la fuerza de lo nuevo sepulta la vigencia de lo tradicional, estamos entonces ante un nuevo orden social naciente. Otro sistema de valores impera.

Es tan amplio el abanico de tiempo que abarca este proceso de transformación, y de un ritmo incomprendible para hombres como nosotros, hijos de la vertiginosidad del reloj digital. Cuesta aceptar un ritmo que llamaríamos, con ojos de hoy, lentitud. Los cambios se fueron dibujando y realizando muy lentamente. Tal vez, el hombre de la época no pudo advertir todo lo que estaba ocurriendo, y sólo la distancia histórica que permite sintetizar procesos arroja claridad sobre lo que estaba aconteciendo. Ponerle fecha al nacimiento del capitalismo dentro de ese cambio no es tarea sencilla y aquí los autores no se ponen de acuerdo. Depende del énfasis puesto en uno u otro factor del cambio, según privilegiemos éste o aquel hecho como fundante, tendremos diferentes momentos. Más adelante nos detendremos en este aspecto. Desde mediados del siglo X u XI hasta fines del XVII y comienzos del XVIII todas las variables estarán en pleno desenvolvimiento, ya sea el “espíritu capitalista”, sea la “preponderancia del mercado en la fijación de precios”, la eficiencia y la racionalidad administrativa, la “tecnología industrial” o la extracción de “plusvalía”. Según cual de ellos se priorice tendremos distintas épocas para la aparición del capitalismo. Agreguemos que este cambio no se produjo de igual modo en todas partes, la sincronía y los ritmos no se han dado nunca simultáneamente en los cambios históricos. Siempre puede verificarse la convivencia de órdenes sociales dispares y superpuestos. A mediados del siglo XIII podía oírse a Tomás de Aquino (1225-1274) en su *Summa Theologica* diciendo:

Según el orden instituido por la Divina Providencia los bienes han sido creados para abastecer las necesidades de los hombres. La división de los bienes y su apropiación en virtud de la ley humana no frustran este propósito. En consecuencia, aquellos bienes que el hombre posee en exceso, lo debe, por ley natural, a los pobres.²⁶

Dos siglos después podemos encontrar expresiones en Lutero contra, lo que podríamos llamar, el *capitalismo incipiente*; y todavía más tarde, en pleno siglo XVII, algunas corporaciones artesanales aparecen quejándose de las prácticas comerciales reñidas con los códigos comunales. Por otra parte, encontramos en el norte de Europa (Flandes, Brujas) ya desde los siglos XI y XII un importante flujo comercial e industrial con lineamientos muy alejados de los modos de las comunas aldeanas medievales, más cercanos al comercio internacional, otro tanto podemos decir del norte de Italia. En estos lugares ya se preanuncian los nuevos modos sociales, el *mercantilismo* anuncia su sucesor, el *capitalismo*. En definitiva, el panorama nos muestra un proceso muy complejo, que se presenta en distintos momentos y lugares, sin respeto de un

²⁶ Citado por Fromm, *El miedo...*, ob. cit., pág. 95.

lineamiento claro, en el que conviven constantemente formas y modalidades de la nueva y la vieja sociedad. Por lo tanto, y para los fines de este trabajo, creo yo más importante que poder marcar el punto de inflexión de la curva, el poder hacer una contraposición de las dos sociedades, captar el estado emocional, el imaginario social, las diferencias espirituales que nos permitan reflexionar con la vista puesta en el horizonte del siglo XXI.

7.- *El capitalismo comunal*

El enorme progreso al que se llegó, entre los siglos XI y XII, dentro del orden económico, en las ciudades del norte de Italia nos está hablando de un *capitalismo incipiente* que ya se apoderaba de las relaciones internas y externas, entre ciudades, pero que mantenía, a pesar de ello, una relación relativamente armónica con el entramado social de la cristiandad. Este capitalismo, término que utilizo en su expresión más amplia y más abarcadora como un afán de lucro necesario, podía desenvolverse y progresar en el marco de solidaridad y respeto por la función social de la economía. Las poderosas ligas y alianzas comerciales, entre ciudades, en defensa de sus libertades ante la amenaza de invasión de Federico Barbarroja (1123-1190), daban pruebas del poderío industrial y comercial del que hacían gala, y confirman lo dicho. Esta libertad política y económica que se defendía no entraba en conflicto con acuerdos y regulaciones que se concertaban entre gremios de diferentes ciudades, nos asegura Kropotkin:

Las uniones para la regulación de la producción y la determinación del volumen de los toneles utilizados en el comercio de vino, las uniones de arenqueros, etc., fueron precursores de la gran federación comercial de la Hansa flamenca y, más tarde, de la Hansa germánica del norte, en la cual ingresaron la soberana Novgorod y algunas ciudades polacas... gracias a las uniones de ciudades hanseáticas y a las ligas de ciudades italianas, las ciudades de la Edad Media hicieron más por el desarrollo de las relaciones internacionales, de la navegación marítima y de los descubrimientos marítimos que los diez siglos anteriores de nuestra era... Los primeros cinco siglos del segundo milenio de nuestra era pueden ser considerados, de tal modo, una colosal tentativa de asegurar la ayuda y el apoyo mutuo en gran escala, sobre los principios de la unión y la colaboración, llevados a través de todas las manifestaciones de la vida humana, y en todos los grados posibles. Este intento fue coronado por el éxito en grado considerable. Unió hombres, antes divididos, les aseguró una libertad considerable, duplicó sus fuerzas. En aquella época en que una multitud de todas clases de influencias creaban entre los hombres la tendencia a aislarse de los otros en sus células, y existía tal abundancia de causas de discordia, es consolador observar que las ciudades diseminadas por toda Europa tuvieran tanto en común y que con tal presteza se unieran en la persecución de tan numerosos objetivos comunes.²⁷

Un ejemplo del nivel de desarrollo alcanzado por las ciudades libres nos lo da una ciudad como Florencia, en Italia del norte, cuyas cifras estadísticas Kropotkin nos las muestra como pruebas de sus tesis. Contaba a comienzos del siglo XIV con ocho a diez mil alumnos en las escuelas primarias; de mil a mil doscientos concurrían a siete escuelas secundarias y de quinientos cincuenta a seiscientos seguían estudios universitarios en cuatro universidades. Contaba con más de mil camas en treinta hospitales. Su población era en esa época de noventa mil almas, como se decía por entonces. En menor medida otro tanto podría decirse de la ciudad de Nuremberg, en Alemania. Desde otra óptica ideológica, el sociólogo francés Emilio Durkheim (1858-1917) comparte muchas de las afirmaciones y apreciaciones sobre la época que estamos revisando y que son interesantes repasar. Este investigador, fue profesor durante más de quince años en la

²⁷ Kropotkin, Pedro, *El apoyo...*, ob. cit., pág 225.

Universidad Sorbona de París, se sintió fuertemente impactado por la descomposición que observó en el funcionamiento de la sociedad moderna. Esa observación de las conductas, que según él se deriva como consecuencia de la desaparición de las corporaciones gremiales, las expone en su libro *El Suicidio* (1897). Allí sostiene que las causas que llevan a conductas tan extremas tienen como origen la falta de reglas y normas claras a las que atenerse, esto abre a la posibilidad de una multiplicidad de valores que entran en conflicto y que él denominó “anomia” (a=no, nomia=normas), que según sus estudios es la consecuencia de la disolución de una estructura institucional como la comuna medieval, ésta con las regulaciones de sus gremios artesanales velaba por al cumplimiento del orden normativo.

El tema que plantea el francés es por demás interesante, por ello voy a concentrarme en sus investigaciones sobre la corporación de gremios del medioevo. Él encuentra en la corporación artesanal una forma orgánica institucional apta para la regulación, concertación y control de conductas sociales, económicas y políticas como no las hay en el funcionamiento de las formas democráticas liberales posteriores, cuya ausencia ha dado lugar a vacíos que posibilitaron prácticas sociales despiadadas. Por ello dedicó un tiempo al estudio de estas formas de organización en las cuales creyó encontrar una solución. Al proponer su tesis en el libro *La División del Trabajo Social* (1893) es consciente de que la corporación “tiene en contra de sí su pasado histórico. Pasa, en efecto por ser estrechamente solidaria con nuestro antiguo régimen político” (la monarquía absoluta) y que por ello está desprestigiada. Sin embargo, eso no debería ser un obstáculo para pensarla en otro contexto social y reflexionar sobre sus posibilidades. Para poder sortear este tipo de críticas y sus inconvenientes, se remonta hasta la *Grecia* del V antes de nuestra era y a la *Roma* de la república en busca de las raíces de esta forma orgánica. De este modo desmiente que sea solamente una institución ligada al sistema feudal y que, por el contrario, se la encuentra en distintos períodos históricos como intento de preservar la solidaridad y el apoyo mutuo; conductas que combaten la competencia social y económica despiadada, librada a su propia dinámica.

8.- La corporación artesanal

Es muy discutible que este tipo de organización social se encuentre, con las mismas características, en tiempos tan distantes y en formaciones sociales tan diferentes. Pero creo conveniente atender las razones que expone porque en ellas podemos encontrar algunas pistas de lo que vamos a proponernos investigar después: la validez de algunas de estas formas institucionales para los actuales municipios urbanos de hoy. Descubre en algunas costumbres de la Grecia de los siglos VI y V a. C. indicios de la existencia de corporaciones, pero no consigue documentación que lo corrobore:

Es cierto que, durante largo tiempo, debieron llevar una existencia bastante humilde, pues los historiadores y los monumentos no hablan de ella más que raramente; sabemos muy poco como estaban organizadas. Pero, desde la época de Cicerón su número se había vuelto considerable y comenzaban a jugar un papel. En ese momento todas las clases trabajadoras parecen poseídas por el deseo de multiplicar las asociaciones profesionales. Todas las categorías de obreros, que eran numerosas, acabaron, parece, por constituirse en colegios, y ocurrió lo mismo con los que vivían del comercio... Cumplieron funciones oficiales, cada profesión estaba considerada como un servicio público cuya corporación correspondiente tenía la carga y la responsabilidad ante el Estado.²⁸

Es probable que esta dependencia del Estado las hayas llevado hacia su decadencia, al ser parte de las luchas por el poder y por el grado de corrupción que ello les trajo aparejado. Sin embargo la decadencia,

²⁸ Durkheim, Emilio, *De la división del trabajo social*, Editorial Schapire, 1967, pág. 12.

según este autor, no fue suficiente como para que desaparecieran, se mantuvieron en estado latente para reaparecer unos siglos después, en forma medieval. En efecto, luego de un eclipse temporario, las corporaciones recomenzaron su existencia nueva en todas las sociedades europeas. Este renacimiento las encuentra en el siglo XI en pleno desarrollo y un siglo después en todo su vigor. En un principio el artesano comienza siendo un productor que trabaja bajo pedido en su domicilio. Trabaja materias primas por encargo de algún vecino de la aldea. Con el aumento de la población que va experimentando Europa se registra un aumento de la demanda, esto va a ir convirtiendo a ese artesano en un pequeño empresario con aprendices a su cargo. El aumento de la población queda expresado en este comentario de Le Goff:

... la cristiandad aumenta aproximadamente en un tercio el número de bocas que hay que alimentar, cuerpos que hay que vestir, familias a las que hay que alojar, y almas que es preciso salvar. Necesita por tanto aumentar la producción agrícola, la fabricación de objetos de primera necesidad, en primer lugar los vestidos y la construcción de viviendas, y, antes que ninguna, aquellas en donde se realiza esencialmente la salvación de las almas: las iglesias. Las necesidades fundamentales de la cristiandad de los siglos XI y XII, las urgencias que debe satisfacer primeramente son el desarrollo agrícola, el progreso textil y el auge de la construcción.²⁹

Este desarrollo de los diferentes oficios, por una creciente división cada vez más especializada del trabajo, y la necesidad de defender las conquistas de ventajas obtenidas en el ejercicio de la profesión, lleva a la aparición de formas orgánicas para consolidar esa defensa. Aparecen así las *corporaciones de gremios artesanales*. Citando al historiador Waltzing dice:

... las corporaciones de artesanos estaban lejos de tener entre los romanos un carácter profesional tan pronunciado como en el medioevo: no se encuentra en ellas ni reglamentación sobre métodos, ni aprendizaje impuesto, ni monopolios; su fin no era tampoco reunir fondos necesarios para la explotación de una industria. Pero les daba fuerza para la defensa común y tenía alcance de protección social. Ante todo la corporación era un colegio religioso, con dios y culto particulares.³⁰

Según este historiador hay pruebas suficientes del carácter de familia, en su amplio sentido, que se verificaba en el deseo de compartir la “última morada” en común. Se puede afirmar, sin riesgos de error, la solidaridad que estas organizaciones desplegaban. Durkheim quiere reafirmar esta característica:

Los miembros se consideraban tanto como hermanos que era habitual entre ellos este tratamiento... Una prueba de la devoción que los colegas tenían por su organización son los legados y donaciones que le hacían. Son también estos monumentos funerarios donde se podía leer “Pius in collegio”, fue piadoso con su colegio... incluso en las corporaciones obreras uno se asociaba ante todo por el placer de vivir en comunidad, por encontrar fuera de su casa distracciones a su fatiga y a sus tedios, para hacerse una intimidad más estrecha que la ciudad, pero menos que la familia, y hacerse la vida más fácil y agradable.³¹

El cristianismo dio, sin lugar a dudas, una caracterización diferente a las corporaciones medievales, la sociedad era distinta, la ciudad era distinta. Al carácter religioso específico agregó una finalidad de moral social, que de él se desprendía. Era común que comenzaran alrededor de una capilla o una parroquia y se las colocaba bajo la invocación de un santo que se convertía en su patrono. Se celebraban las festividades con un gran sentido fraternal terminando en grandes festines, llamativos por la solidaridad y la alegría, fiestas que, muchas veces, servían para la recolección de fondos para beneficencia. La finalidad moral de las organizaciones respecto del medio social es expresada por el autor con estas palabras:

²⁹ Le Goff, Jacques, *La baja ...*, ob. cit., pág. 31.

³⁰ Durkheim, Emilio, *De la división...* ob. cit., pág. 14.

³¹ Durkheim, Emilio, *De la división...*, ob. cit., pág. 15.

Por otra parte reglas precisas fijaban para cada oficio los deberes de los patrones y de los obreros, así como los deberes de los patrones entre sí. Hay, es cierto, reglamentos que pueden no estar de acuerdo con nuestras ideas actuales; pero debe juzgarse con la moral del tiempo, ya que es a ésta a quien expresa. Lo que es indiscutible que están todos inspirados por la preocupación, no de tales o cuales intereses individuales, sino del interés corporativo, bien o mal entendido, eso no importa.³²

Los artesanos trabajaban, al principio, casi exclusivamente para el mercado local, manteniendo un muy bajo nivel de producción. Produciendo manufacturas que estaban previamente vendidas. Esta producción estaba calculada por las necesidades conocidas y expresadas, no había peligro de saturar el mercado, ni entrar en competencia de precios que estaban establecidos por la corporación, para obtener la elección del cliente. Pero, poco a poco, esta demanda comienza a incrementarse, por razones ya señaladas, el comercio se va extendiendo a otras comarcas y el pequeño taller familiar se va a ir convirtiendo en talleres de mayores dimensiones. El trabajo que se comenzaba y concluía en un solo taller va a ir dividiendo tareas con otros talleres, especializándose en la fabricación de partes, que luego serían ensambladas en algún otro taller. La división del trabajo comienza a establecer la especialización en cada taller. Se manufacturan partes del producto final.

Esta organización no era sólo de carácter profesional, respondía a necesidades más amplias de sus miembros. Como ya quedó dicho, en las corporaciones de artesanos se celebraban fiestas en las que se reconocían las habilidades especiales y el trabajo bien hecho. El producto del trabajo tenía una estrecha relación con el productor. Esta manera de entender el trabajo va a quedar de lado, no mucho tiempo después, con la producción en gran escala que exigen los mercados de ultramar. Es probable como sostienen otros autores que estos cambios fueran en realidad la consecuencia de ese proceso, como afirma, por ejemplo Amintore Fanfani “...los orígenes de la dirección individualista en materia económica se remontan a las primeras manifestaciones del espíritu renacentista y por consiguiente se habían revelado en un mundo que no había sufrido todavía las predicaciones protestantes”³³. Pero, con o sin ellas, es fácil advertir que la conciencia social ha dado un paso tan grande que desmorona tradiciones muy arraigadas y posibilita un proceso de magnitud.

9.- La solidaridad artesana

La subordinación del interés particular al interés general conlleva siempre una moral solidaria, un sentido de la corresponsabilidad, un sentimiento de solidaridad, pues implica el sacrificio del deseo propio en pos de la satisfacción del conjunto. Esto se ve en general en todas las corporaciones de artesanos y comerciantes prueba de ello es que:

Estos reglamentos sobre los aprendices y obreros están lejos de ser desdeñables para el historiador y el economista. No son la obra de los siglos “bárbaros”. Llevan el sello de una perseverancia y de un cierto buen sentido que son, sin duda, dignos de ser señalados.³⁴

Por otra parte existían reglamentaciones que regulaban y castigaban con suma severidad las desviaciones a la probidad profesional, que cuidaban la calidad y el precio para evitar cualquier engaño al comprador. Todo lo dicho es suficiente para probar el carácter moral que presidía la actividad profesional, la producción y el comercio, desde el Imperio Romano hasta la decadencia de la sociedad medieval, según Durkheim. Ambas sociedades tenían una impronta que marcaba sus conductas que era el carácter religioso

³² Durkheim, Emilio, *De la división...*, ob. cit., pág. 16.

³³ Más adelante analizaremos esta polémica.

³⁴ Durkheim, Emilio, *De la división...*, ob. cit., pág. 21.

de sus instituciones, de allí el tono moral de sus reglamentaciones. Cuando la ciudad medieval se desprende del dominio feudal se constituyen las comunas, dentro de las cuales las corporaciones profesionales van a desempeñar un papel político-institucional importante; los cuerpos de oficio que tanto habían hecho por el logro de esa independencia se fueron convirtiendo en la base de su estructura política:

En Amiens, por ejemplo, los artesanos se reunían todos los años para elegir los alcaldes de cada corporación o grupo; los alcaldes electos nombraban luego a doce regidores que, a su vez, nombraban a otros doce, y la regencia presentaba, por su parte, a los alcaldes entre los cuales se elegía el alcalde de la comuna. En algunas ciudades el modo de elección era muy complicado, pero, en todas, la organización política y municipal estaba estrechamente unida a la organización del trabajo. Inversamente, así como la comuna era un conjunto de cuerpos de oficio, el cuerpo de oficio era una comuna en pequeño, porque había sido el modelo del cual la institución era la forma aumentada y desarrollada.³⁵

Como ya vimos con Kropotkin, también el sociólogo francés percibe que mientras las corporaciones funcionaron independientemente y, a su vez, las comunas también lo hicieron, la solidaridad y la fraternidad fueron ingredientes de la vida cotidiana; fueron parte del patrimonio cultural que las ciudades defendían contra la centralización monárquica. Mientras los mercaderes tuvieron como clientes, más o menos exclusivamente, a los habitantes de las ciudades y sus alrededores se mantuvo el espíritu descrito. En tanto el mercado fue local los cuerpos de oficio y la organización municipal bastaron para controlar y satisfacer la transparencia de las conductas. Pero la extensión del comercio a zonas cada vez mayores y distantes requirieron producciones cada vez más grandes, el taller artesanal no alcanzó para cubrir esa demanda, algunas concibieron flexiblemente las reglas a fin de acomodarse a la nueva situación, en otros casos, algunos talleres se agrandaron fracturando la reglamentaciones sobre tipos de productos y cantidades; se fisuró el espíritu gremial.

No todos aceptaron las innovaciones; aparece un personaje nuevo intermediador, combatido antes por la reglamentación comunal, *el mercader*, que manda a producir por su cuenta y que define el qué y el cómo, que hasta entonces era resorte de la organización artesanal. Como consecuencia de esto algunos talleres crecen desproporcionadamente y otros desaparecen. La gran industria comienza a hacer sentir su presencia, desligada de los intereses comunales, su ámbito es más amplio y ambicioso; la conquista colonial ha extendido este espacio considerablemente. La producción pensada en una escala mayor se va asentar allí donde la favorezca la mano de obra abundante y barata, y la provisión de materias primas esté asegurada en las cantidades demandadas. La potencialidad industrial y comercial comienza a mostrar una agresividad no conocida hasta entonces, debía entrar en conflicto necesariamente con la estructura de las corporaciones, y así fue. Una última reflexión de Durkheim ante este nudo histórico es sumamente rica para pensar hacia adelante:

Pero si la corporación, tal cual existía entonces, no se podía adaptar a esta nueva industria, y si el Estado no podía reemplazar a la antigua disciplina corporativa, no se seguía de ello que toda disciplina se volviera desde entonces inútil; sólo ocurría que la antigua corporación debía transformarse para continuar cumpliendo su papel en las nuevas condiciones de la vida económica... Pero destruirlas no era medio de satisfacer las necesidades que ella no supo satisfacer. Y es así como la cuestión permanece aún entre nosotros, vuelta sólo más aguda por un siglo de tanteos y de experiencias infructuosas.³⁶

³⁵ Durkheim, Emilio, *De la división...*, ob. cit., pág. 22.

³⁶ Durkheim, Emilio, *De la división...*, ob. cit., pág. 24.

Queda entonces planteada la tesis. Es necesario rever la forma orgánica de la corporación en una sociedad tan compleja como la capitalista industrial, no para reivindicarla sino para repensar como cumplir esa función hoy vacante. No puede dejar de resaltarse que a principios del siglo XX hiciera Durkheim un llamado a pensar la necesidad de reglas claras, de cumplimiento controlado, frente a un mercado que, poniendo como objetivo supremo el lucro, no respetaba ninguna norma ética. El liberalismo, fortalecido en los países industriales, y el neoliberalismo posterior ocultaron esta cuestión tras las banderas de la libertad, de las que ya vemos sus consecuencias. Si este enorme esfuerzo no tuvo un buen destino final exitoso fue, probablemente, porque en la defensa de sus libertades, frente a los intentos de sometimiento de la nobleza feudal, entregaron a los campesinos, de quienes se separaron, como prenda de negociación, por una parte. Sin el apoyo de ellos las ciudades se fueron aislando para, finalmente, ser sometidas por la monarquía centralista.

No debe despreciarse, para una comprensión más acabada de este proceso, que el proyecto político independiente de las ciudades debió enfrentar factores históricos que conspiraron en su contra. En aquella época Europa recibió entre los siglos VIII y XV tres invasiones que la conmovieron y hasta hicieron poner en dudas la continuidad de su existencia, económica, cultural y política. La invasión islámica entró por el sur de España en el siglo VIII, llegando hasta los Pirineos, las revueltas separatistas internas no permitieron continuar el avance. Los mogoles habían construido un imperio de una extensión territorial como no se había conocido antes en la historia: desde la actual Corea, en el océano Pacífico, hasta el río Danubio y desde el lago Baikal, en la estepa siberiana, hasta Vietnam y China del Sur. Sólo una azarosa razón histórica detuvo el avance hacia Occidente del general mogol Subotai, nieto de Temudchin (1162-1227), conocido como Gengis Khan desde 1206. La muerte de Ogadai Kan (Enero de 1242) obligó al general Subotai a volver a Mogolia para la sucesión del kanato. La superioridad militar los convertía en invencibles para las huestes feudales, y no tenían ninguna posibilidad de detener su victorioso avance hacia el Atlántico. El historiador orientalista Harold Lamb reflexiona sobre este hecho:

Hay una cosa cierta. Subotai había entrado en contacto con el poder militar germano, y era parte de su plan de conquista no dejar indemne a un solo enemigo que le desafiara... No puede haber duda de que habrían destruido a Federico y sus bandas de guerreros. Y no habría sido mejor la suerte de la caballería francesa dirigida por Luis el Santo. Los monarcas europeos habían demostrado su incapacidad para actuar de consuno. En cantidad y en valor individual los europeos eran por lo menos iguales a los mogoles, pero se habían mostrado incapaces de resistir la maniobra de las divisiones de la caballería dirigidas por un estratega como Subotai.³⁷

Y por último, la invasión otomana comandada por el implacable sucesor del poder tártaro Timur Lenk (1336-1405), conocido como Tamerlán que ingresó por el sur de Rusia; y sólo la preocupación por un ataque mogol, en su frontera asiática, le hizo debilitar el frente europeo y allí se detuvo su avance. Una presión exterior semejante, durante el período que estamos considerando, restó fuerzas espirituales, económicas y políticas al proceso de la comuna aldeana y generó la necesidad de concentrar esfuerzos para equipar grandes ejércitos para la defensa. El resultado final victorioso, con la expulsión de los moros a fines del siglo XV, terminó consolidando el poder centralista del Estado monárquico, en el caso de la península ibérica y debilitó a las ciudades libres. La presencia de un poder centralizado monárquico como el de España apresuró la concentración en los estados nacionales. Sobre las causas del fracaso final de este experimento social de ese período, en Europa, podemos leer las palabras de Kropotkin quien afirma:

Detener estas invasiones fue muy difícil; y se consiguió arrojar a los mogoles, turcos y moros, que se habían afirmado en diferentes lugares de Europa, solamente cuando en España y Francia,

³⁷ Lamb, Harold, *La marcha de los bárbaros*, Editorial Sudamericana, 1963, pág. 171.

Austria y Polonia, en Ucrania y en Rusia, los pequeños y débiles Knyaziá, condes, príncipes, etc., sometidos por los más fuertes de ellos, comenzaron a formar estados capaces de mover ejércitos numerosos contra los conquistadores orientales. De tal modo, a fines del siglo XV, en Europa comenzó a surgir una serie de estados, formados según el modelo romano antiguo. En cada país y en cada dominio, cualquiera de los señores feudales que fuera más astuto que los otros, más inclinado a la codicia y a menudo menos escrupuloso que su vecino, lograba adquirir en propiedad personal patrimonios más ricos, con mayor cantidad de campesinos, y también reunir en torno a sí mayor cantidad de caballeros y mesnaderos y acumular más dinero en sus arcas... Así se crearon, mientras se hallaban aún en condición embrionaria, los futuros estados, que comenzaron gradualmente a absorber a otros centros iguales.³⁸

No debe menospreciarse, dentro de este proceso, el papel que desempeñó la burguesía mercantil que se iba desligando del comercio dentro de la ciudad medieval. El peso que fue adquiriendo la economía monetaria permitió una influencia, que fue creciendo, de sectores que operaban como “banca internacional”. Se fue estableciendo una serie de alianzas sociales entre la burguesía mercantil y financiera, que operaba dentro de territorios del reino y cuyos intereses ya no se sentían solidarios con el artesanado de la ciudad. Los prestamistas y la nobleza comenzaban a detentar el poder económico de estos sectores. Dice Romero sobre este proceso: “*El ámbito mismo del reino, como área territorial sometida a una misma jurisdicción, ofrecía posibilidades crecientes para la ordenación de una economía que, por su volumen, sobrepasaba cada vez más los límites urbanos*”³⁹. Esto fue acercando a este sector de la burguesía y a la nobleza feudal entrelazándose una red de intereses económicos que deterioró la independencia de la comuna aldeana y debilitó sus perspectivas políticas. Los intereses comunes fueron borrando las diferencias sociales y el matrimonio entre hijas de nobles empobrecidos con mercaderes ricos fue cada vez más común.

Si me he detenido en estos datos históricos es porque nos acercan a la idea de la cantidad de factores azarosos que condicionan los procesos políticos. La Europa medieval no podía escapar a esas circunstancias y la forma en que se definió esa etapa, que abarca los siglos que van del IX al XVI, debió contar con situaciones exteriores a ella que influyeron en los resultados finales. Lo destacable es que ese resultado obtenido que abrió el camino a la dominación europea sobre el planeta fue fruto también del azar. Las invasiones que soportó desde el oriente hubieran podido cambiar el rumbo de la historia. Mejor dicho aún, la historia posterior al siglo XIV tenía altas probabilidades de haber seguido otro camino. Veamos otro aspecto que también ha quedado oculto.

10.- *La falacia de la centralidad de Europa*

Para poder tener una mirada amplia y profunda sobre todo este proceso, debo agregar acá el peso que ha tenido durante siglos los prejuicios ideológicos y políticos de Europa, sobre los cuales se construyó la *supuesta superioridad de esa cultura*. Poner todo ello bajo la mirada crítica nos permite pensar que las *formas* histórico-políticas que hemos heredado, y que funcionaron como el modelo ideal y necesario de la historia, tienen mucho de distorsión. Por lo tanto de haber podido comprender, cosa por demás difícil, que *esa historia era una historia* contada por los conquistadores hubiéramos podido saber que había *otras historias* que *esa historia* ocultaba. De no haber sido víctimas de la *colonialización*⁴⁰ de la narración de nuestra historia otra visión de ella tendríamos. El modo de narrar la historia, que privilegió la mirada

³⁸ Kropotkin, Pedro, *El apoyo...*, ob. cit., pág. 248.

³⁹ Romero, José Luis, *La revolución burguesa...*, ob. cit., pág. 387.

⁴⁰ Consultar el brillante trabajo conjunto compilado por Edgardo Lander *La colonialidad del saber*, CLACSO, 2000.

Europea sobre ella, un tema que ha dado origen a múltiples investigaciones en la segunda mitad del siglo XX, acentuó lo que se ha dado en llamar la “falacia de la centralidad europea”. Esta falacia pretendió que esa cultura estaba predestinada al dominio mundial, por sus calidades, por sus avances científicos, por la audacia en las incursiones de sus navegantes.

Esto ha sido fundamentado por Guillermo F. Hegel (1770-1831) en sus *Lecciones de la filosofía de la Historia Universal*. En ellas expone con el rigor que le es propio el recorrido de la historia del *Espíritu*, según como él lo denomina, que nace en Asia alrededor del siglo XX a.C., se expande por el Asia menor y madura en Europa hasta su esplendor en el siglo XIX. Allí se percibe un menosprecio hacia las otras culturas, para el caso que quiero tratar las orientales. De este modo la narración demuestra como si todo hubiera sucedido *por y para* Europa.⁴¹, convirtiéndose ésta en una especie de *final de la historia*. Esta tesis, con algunas discusiones de detalle fue aceptada por los investigadores académicos sin mayores discusiones. Esto le permite decir a Enrique Dussel:

Desde hace cuarenta años me hice cargo en primer lugar de la pregunta: ¿Qué lugar ocupa América Latina en la historia universal?, porque estábamos *fuera* de las interpretaciones *standard* de la historia. Para ello era necesario deconstruir desde el comienzo esa historia “fabricada” por Hegel, que expresó en sus famosas *Lecciones de la filosofía de la Historia Universal*. Mi primera intención fue relativizar la centralidad de Europa, situándola como *una* de las civilizaciones de la historia universal, y que ella, de todas maneras, las había puesto en contacto desde finales del siglo XV, dando origen en 1492 a la Cristiandad colonial latinoamericana, con una fisonomía única en dicha historia universal.⁴²

Por estas razones y otras que he expuesto en otro trabajo⁴³ para la historiografía occidental la China es un tema menor que fue dejado de lado, o apenas mencionado. Esto ocultó que la conquista de las “nuevas tierras por los españoles hubieran podido ser anticipadas, casi un siglo, por los chinos. Éstos poseían a comienzos del siglo XV una flota naval que no tenía semejanza en el mundo, por la cantidad de sus embarcaciones, por la calidad de sus capitanes y por la tecnología exclusiva para la época. No olvidemos que ya en esa época navegaban con brújula, invento chino. Los mayores navíos medían hasta cien metros de eslora, lo que debe ser comparado con las escasas dimensiones de las carabelas españolas”, sostiene Arnold Toynbee. Leamos esta hipótesis histórica en palabras de alguien con su prestigio académico internacional:

Estos barcos chinos eran los mejores del mundo antes de que los constructores navales portugueses inventaran un nuevo tipo de barco a fines del siglo XV. Los habitantes de los lugares que visitaban las naves chinas se quedaban estupefactos. Los chinos habrían tenido la oportunidad y los recursos de convertir la China en el “reino medio” y toda la ecumene si hubieran perseverado en sus empeños navales. Habrían impedido que los portugueses tomaran posesión de Ormuz y que rodearan el cabo de Buena Esperanza; y hasta podrían haberse adelantado a los españoles en descubrir y conquistar América... No existe testimonio de la razón por la cual, después de 1433, no continuaron las expediciones marítimas de los chinos... Posiblemente la abundancia que reinaba en la China en esa época explique la falta de interés de sus gobernantes por la exploración y expansión de ultramar.⁴⁴

⁴¹ Este tema lo he tratado con mayor extensión en *El marco cultural del pensamiento político moderno*, publicación interna de la cátedra de Sociología UNS.

⁴² Dussel, Enrique, *La China (1421-1800) - Razones para cuestionar el eurocentrismo*, UAM- Iztapalapa, México, 2004.

⁴³ Citado en nota N° 37.

⁴⁴ Toynbee, Arnold, *La gran aventura de la humanidad*, Editorial Emecé, 1985, pág. 485.

Dussel⁴⁵ va más allá en sus investigaciones y afirma en la obra citada:

Europa no habría estado más adelantada que el “Oriente”; es más, estaba de lejos muy atrasada con respecto a la China, la que hasta comienzo del siglo XV habría tenido una experiencia de navegación oceánica y cartografiado todo el mundo, a tal punto, que los llamados “descubrimientos” europeos no serían sino “reconocimiento” de geografías ya conocidas y cartografiadas hasta 1423 por los chinos, con proximidad de tres kilómetros de las costas reales. Es decir, Europa hasta el siglo XV habría tenido un franco déficit científico-cultural con respecto al imperio del sol naciente. (...) Todo esto se deja ver en un estudio reciente de Gavin Menzies, que demuestra que, aunque se tenía conocimiento de que la China se había adelantado en siglos a Europa de un punto de vista político, comercial, tecnológico y hasta científico, ahora se agregaba el tener pruebas sobre el trayecto que habían seguido las escuadras conformadas por enormes y numerosas naves, llamados “juncos”, que recorrieron todos los Océanos (gracias a sus experiencias oceánicas de más de ochocientos años en el Océano Indico y el Pacífico occidental, y por el desarrollo de la astronomía, cartografía, instrumentos de medición de la latitud y longitud, tipo de embarcaciones, alimentos, tonelaje, etc.). Este descubrimiento asombroso dará mucho que hablar, y, por supuesto, comenzará por ser rechazado u ocultado por la historia académica eurocéntrica.

La hipótesis del historiador inglés, avalada por las varias investigaciones tanto de Dussel, como las que éste cita, tiene la peculiaridad de que estimula la imaginación para pensar *mundos pasados posibles no realizados*. Potencia la imaginación política, al tiempo que agudiza la mirada crítica, respecto de la historia narrada por los europeos. Este ejercicio no sirve sólo para jugar a la *historia-ficción*, es útil para pensar respecto de *mundos futuros*, que no están tan obligados a seguir los caminos que los poderosos pretenden que creamos como irremplazables. La historia nos muestra abundantes casos de entrecruces de caminos que se resolvieron de un modo, más por azar o fatalidad que por la “necesidad” de leyes históricas que así lo imponían, como hemos visto. Y, por otra parte, también nos son útiles para repensar el modo en que se fue estructurando el capitalismo europeo, dando lugar a las formas que hoy conocemos, que no son las únicas posibles. También nos empuja a la aventura de entrever, a través de los ejemplos históricos, cómo eso que he denominado el “capitalismo comunal” se iba abriendo paso y prefiguraba una sociedad posible diferente con una economía subordinada a las necesidades comunales.

Para terminar con este tema, que adquiere particular relevancia al pensar como hemos sido educados por los académicos respecto de la superioridad europea y noratlántica, podemos leer a estudiosos altamente valorados como Adam Smith que no tenían dudas acerca del papel económico y político de la China hasta el siglo XVIII considerada por tantos otros europeos una potencia económica, política y cultural. En varios pasajes de su obra fundamental *El origen de la riqueza de las naciones* (1776) escribe: “China ha sido durante mucho tiempo uno de los países más ricos, mejor cultivados, más fértiles e industriosos, y uno de los más poblados del mundo”. “No nos es dado citar país alguno cuyo progreso en la prosperidad haya sido tan continuo que pudiera haber facilitado la adquisición de un capital suficiente para estos propósitos, a no ser que demos crédito a las maravillosas relaciones de la riqueza y cultura de China”⁴⁶.

⁴⁵ Dussel da en la obra citada más detalles técnicos de esos navíos: “Los más grandes entre ellos (llamados “barcos del tesoro”) tenían de 120 metros de largo (la “Santa María” de Colón, tenía 28 metros) por 35 metros de ancho, pudiendo cargar 1000 toneladas de mercancías (las primeras carabelas podían llevar 50 toneladas). Movilizaban a los “juncos” (uno de los cuales quedó varado en el Río Sacramento en California, en su reconocimiento de las costas de América occidental) con grandes velas, utilizando las corrientes y los vientos (pero no podían navegar contra el viento o corriente)”.

⁴⁶ Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, Libro I, cap.8.

Aparece, entonces, una pregunta: ¿Por qué no fue la China la gran conquistadora del mundo? Veamos algunas hipótesis que se han expuesto al respecto. Se podrían sintetizar diciendo que poseía un territorio inmenso, tal vez el más grande del mundo bajo un mismo dominio, con una población de ciento cincuenta millones de habitantes en el siglo XVII (contra la de toda Europa que no llegaba a los cien: Inglaterra ocho, España diez, etc.). Frente a tal mercado interno la China decidió “encerrarse en sus fronteras y abandonar el ‘mundo exterior’ del comercio del ‘mercado-mundo’ que inauguró, creció en su colonización interna, hacia el extenso sur y hacia el occidente del Imperio. No dejó por ello de ninguna manera de ser la región más poblada de la tierra y la que seguía acumulando desarrollos civilizatorios que ninguna otra cultura podía superar todavía” afirma Dussel.

11.- *La historia liberal de Europa*

Creo que es insoslayable, después de esto, hacer una referencia a la prédica que el liberalismo inglés del siglo XIX ha desarrollado respecto del “oscurantismo” medieval y a los prejuicios con que ha creado su mirada de la historia respecto de otras culturas muy importantes y de alto nivel de desarrollo. Ha embloqueado a toda la etapa, que va desde la caída del Imperio Romano hasta los comienzos del siglo XVI, como si no hubiera diferencias substanciales en tiempo y lugares. Recién a fines del siglo pasado, pero con mucho más énfasis a principio de éste, historiadores como Henri Pirenne desempolvaron la verdad de un momento histórico de importantísimas consecuencias para la estructuración del mundo moderno. Reparando, de este modo, las consecuencias del dominio inglés. El Imperio Británico se convirtió en jefe del mundo, al heredar el dominio de los mares que ostentaban los españoles, éstos habían comenzado su declinación tras el deterioro importante de su poder por el intento de reconquistar los Países Bajos (1621). Ya debilitados por la derrota naval frente a los ingleses (1588) que preanunció la destrucción de la armada que le impusieron los holandeses (1639) y coronada una vez más por los ingleses en la gran victoria en Trafalgar (1805), completaron su dominio sobre los mares. Todo ello fue posibilitado por el abandono chino del mercado mundial.

Comienza allí la etapa de la “liberalización” de la cultura occidental. El Obispo Bossuet (1627-1704) había publicado una historia sobre el pasado político de la humanidad que tituló *Discours sur l'histoire universelle*. El peso político del pensamiento liberal, por la influencia del poder inglés, promovió una versión de la historia que cubrió con un manto de sospecha los siglos que hemos estado revisando y menospreció la historia de otros pueblos, anteriores a su reinado sobre el mundo. De allí que gran parte de nuestra enseñanza escolar haya repetido “verdades” sobre la historia medieval y mundial que ha pintado con colores nefastos todo el período. Pero es otro historiador inglés, que representa una corriente opuesta al liberalismo, el que dice tal vez con la misma exageración pero en sentido opuesto palabras que resaltan las virtudes de esa etapa. Estoy refiriéndome a Hilaire Belloc (1870-), entusiasta defensor del medioevo quien reflexiona sobre esos siglos de este modo:

Dos características destacan la época para los que se hayan familiarizado con su arquitectura, sus letras y sus guerras: una nota de juventud y una de satisfacción. Pudo imaginarse entonces que Europa se había asentado y que el sueño imborrable de una sociedad satisfactoria parecía haberse materializado para siempre en el seno de la comunidad de los cristianos. Pero ni esa perduración ni ese bien le son permitidos a la humanidad, y el gran experimento, como lo he llamado, estaba destinado a fracasar. Mientras floreció, todo lo que es característico de nuestra ascendencia y naturaleza europea estaba visiblemente presente en la vida diaria, tanto en las pequeñas como en las grandes instituciones de Europa. Nuestra propiedad de la tierra e implementos estaba bien

dividida entre muchos o entre todos; produjimos al campesino; mantuvimos la independencia del artesano; fundamos la industria cooperativa... Y por sobre todo, esas generaciones fueron fortalecidas por un apetito de verdad intenso y viviente, por una percepción de la realidad. Vieron lo que tenían a la vista y llamaron a las cosas por su nombre. Nunca estuvieron tan acordes con los hechos, las fórmulas políticas o sociales... Y a pesar de todo, no duró mucho.⁴⁷

Creo que cuesta aceptar lo idílico del planteo de Belloc, por las razones antes expuestas. Aun aceptando que carga las tintas, de todos modos se desprende de su pintura una nostalgia por “aquellos tiempos” que invita a ser compartida. Pero de la lectura que hemos ido realizando de autores de diferentes nacionalidades y distintas corrientes de pensamiento, nos queda la necesidad de una reflexión que apunta en la dirección de lo investigado en este trabajo. La Europa de los siglos IX a XV fue escenario de un ordenamiento social que combinaba cuestiones socio-económicas y ofrecía un modo de resolución institucional como después ya no fue posible intentar. Este final de siglo nos coloca frente a problemas que ya habían encontrado una manera de resolverlos a fines del siglo XV. No por ello debe pensarse en un retroceso de la historia, creo que debe servirnos para agudizar la imaginación, para estudiar más en detalle ese período y repensar las enseñanzas que nos deja. Es un modo de plantearnos los problemas sociales y económicos que hoy padecemos y que nos abre a un modo de resolverlos, mediante la creación de formas políticas institucionales que posibiliten el pensar y el participar comunitario, contra la propuesta de solución técnica económica, como única posible que hoy se nos ofrece.

Pero todavía debemos detenernos a analizar un aspecto muy discutido que, por tal, merece que sea pensado detenidamente: el peso de lo religioso para aquella época y su incidencia en el cambio histórico, lo que formulado en términos de hoy debería ser dicho así: ¿qué importancia tienen los modos de pensar y las creencias en los cambios históricos? ¿cómo se da la aparición de modelos de personas que rompen la matriz de la época? ¿qué falencias institucionales posibilitan el desborde de los marcos normativos para dar lugar a desvíos históricos de tal magnitud? Todo esto debe ser pensado por fuera de ese optimismo ingenuo en un progresismo que, por el sólo hecho de cambiar mejora. Hay dos hechos que pueden observarse al acercarnos al final del siglo XV. Se empieza a manifestar un envejecimiento del orden feudal que se va a hacer sentir en las ciudades comunales. Las corporaciones artesanales, que fueron durante largo tiempo instituciones de resguardo de la fraternidad y la solidaridad de sus miembros, comienzan a anquilosarse, se preocupan más por la defensa de los privilegios gremiales que por las prestaciones sociales y el servicio a sus comunas. Una clase artesanal de los maestros comienza a exhibir ciertas prerrogativas y privilegios no compatibles con el régimen comunal aldeano. Los maestros artesanos tendieron a conformar una oligarquía, que no atendía a los requerimientos de los fines sociales para los cuales habían sido creadas las corporaciones. No supieron de la sabiduría de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) que sostenía “*Todas las instituciones deben volver a su origen, o perecerán*”. Las razones de su fundación se fueron perdiendo u olvidando. Dice Belloc:

Sea cual fuere la razón, esa sociedad envejeció rápidamente. Todas sus instituciones se hicieron puramente formales o se degradaron. Los gremios, verdaderas entidades corporativas destinadas a la justa distribución de los medios de producción y a la prevención del proletariado... tendieron a convertirse en cuerpos privilegiados.... El gobierno civil se envolvió en una niebla de tradición y de complicadas leyes. Toda clase de falsos arreos teatrales comenzaron a deformar la sociedad, especialmente la exageración heráldica y el exceso de simbolismo, que pronto no tuvo pies ni cabeza.⁴⁸

⁴⁷ Belloc, Hilaire, *Europa y la Fe*, Editorial Sudamericana, 1967, pág. 214.

⁴⁸ Belloc, Hilaire, *Europa...*, ob. cit., pág. 222.

Por otra parte, ya comenzaba a darse a partir del siglo XIV y especialmente en el XV y XVI, un avance de los conocimientos técnicos que pronosticaban un cambio en el espíritu humano. Nicolás Copérnico (1473-1543) revolucionaba el universo trasladando su centro al sol⁴⁹. Esa serie de avances en el conocimiento les hacía comenzar a sentirse más dueños de la naturaleza, se empezaban a desmontar los bosques y se extendían las áreas agrícolas. Modificaciones técnicas en las herramientas permitían mejoras notables en la producción, la que aumentaba en calidad y cantidad. Los saldos de producción empujaban a la búsqueda de mercados regionales, más allá de la pequeñez de los locales. Atender al comercio que podríamos denominar, exageradamente, internacional requirió un comerciante más dinámico, más preparado para la actividad que requeriría de formas de financiación desconocidas para el comerciante aldeano. Los adelantos técnicos que llegaron a la navegación posibilitaron adentrarse en los mares; hasta entonces sólo era posible la “circunnavegación”, equivale a decir, navegar teniendo siempre las costas a la vista. Quedan establecidas las bases para el fenómeno más importante que operará como el detonante del estallido moderno: el descubrimiento de los “nuevos mundos”.

El siglo XVI será protagonista del más descomunal tráfico de metales preciosos; durante ese siglo Europa recibió cinco veces más oro y plata de lo que tenían la suma de todas las reservas existentes a comienzo de ese siglo. Podrá, entonces, comprenderse el impacto que ha producido, en esa sociedad ligada a lo local, las noticias que llegaban de distantes mundos y la euforia que el afán de riquezas despertó en aquellas gentes. Están colocadas las bases de una nueva revolución. Podemos leer en las palabras de Toynbee la impresión que nos trasmite el relato de ese proceso:

En el curso de dos siglos (XVI y XVII) la civilización occidental sufrió una revolución mental y espiritual más profunda de todas cuantas experimentara esta sociedad en cualquier fecha anterior... Ahora los pensadores occidentales se negaban a aceptar la herencia de sus predecesores sin someterla a examen. Decidieron que en adelante someterían a prueba las doctrinas heredadas examinando independientemente los fenómenos y resolvieron pensar por su cuenta. Además se mostraron dispuestos a coexistir pacíficamente con minorías heterodoxas. Ya no se sentían que estaban en la obligación de imponer por la fuerza el credo y los ritos de una mayoría.⁵⁰

Se pueden señalar ciertos hechos como hitos que marcan las diferencias de los tiempos. En el año 1686 Fontenelle publicó *Entretiens sur la pluralité des mondes* en la que sostenía una libertad doctrinaria que a Giordano Bruno le había costado la vida en 1600. En 1687 Isaac Newton publicó sus *Principia* y no tuvo que retractarse, como lo había tenido que hacer Galileo en 1633. Otros vientos corrían y se hacían sentir con fuerza. En 1689 John Locke (1632-1704) escribía en Inglaterra *Una carta sobre la tolerancia* y un año después su famoso *Tratado sobre el gobierno civil*. En Francia Voltaire (1737-1794) y los enciclopedistas no habían tenido dificultades en atacar todo aquello con lo que no estuvieran de acuerdo. Poco antes en esa misma tierra Blas Pascal (1623-1662) combinaba el genio científico con su fe cristiana. Entre fines del siglo XVI y comienzos del XVII se produce uno de los acontecimientos que hubieran podido transformar la historia del mundo. Matteo Ricci (1552-1610) y un grupo de misioneros jesuitas habían conquistado, con la predicación cristiana, las cortes y la clase intelectual china convirtiendo a esta fe a las personas más influyentes del Imperio, incluido el Emperador. A su vuelta a Roma, va a pedir autorización para introducir algunas modificaciones en el ritual, dado que éste era incompatible con la tradición china, recibiendo una negativa obstinada de parte de los cardenales y teólogos. Se generó, de este modo, una prolongada controversia con el gobierno imperial chino que terminó con la prohibición en todo el ámbito del Imperio

⁴⁹ Sobre el tema consultar mi trabajo *La universidad y el proyecto popular*, fundamentalmente el apartado “La universidad medieval”, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

⁵⁰ Toynbee, Arnold, *La gran aventura...*, ob. cit., pág. 503.

de profesar la religión cristiana. Si no hubieran hecho gala de tal cerrazón mental ¿cómo sería el mundo hoy después de tres siglos de una China cristiana? Impensable. Este hecho histórico mueve a Andrés Torres Queiruga a la siguiente reflexión:

Piense tan sólo en cómo serían la teología, la liturgia y aún la dogmática cristianas si, en lugar de extenderse inicialmente el cristianismo por el imperio romano, lo hubiese hecho hacia la India o la China. Siendo las “mismas” -es decir, traducción de la misma experiencia fundamental-, sería, con toda seguridad, muy difícil ver su parecido con las actuales.⁵¹

⁵¹ Torres Queiruga, Andrés, *El diálogo de las Religiones*, Editorial Sal Terrae, 1992, pág. 28.